

Treball de fi de grau

Títol

Autor/a

Tutor/a

Departament

Grau

Tipus de TFG

Data

Full resum del TFG

Títol del Treball Fi de Grau:

Català:

Castellà:

Anglès:

Autor/a:

Tutor/a:

Curs:

Grau:

Paraules clau (mínim 3)

Català:

Castellà:

Anglès:

Resum del Treball Fi de Grau (extensió màxima 100 paraules)

Català:

Castellà:

Anglès:

Índex

<i>Introducción</i>	2
<i>Motivación y justificación</i>	7
Transexualidad como producto de la relación histórica entre sexo y género	11
La transexualidad y la relación sexo-género	13
El cambio transgénero	15
La cadena simbólica	16
La teoría queer	19
Epistemología	19
Desnaturalización del sexo y carácter performativo del género	20
<i>La revista</i>	25
Objeto y objetivos	25
Contenidos	26
Diseño	28
<i>Bibliografía</i>	32

Introducción

- *Cuando digo una palabra –dijo Humpty Dumpty-, esta quiere decir lo que quiero que diga, ni más ni menos.*
- *La pregunta es –insistió Alicia- si se puede hacer que las palabras puedan decir tantas cosas diferentes.*
- *La pregunta –dijo Humpty Dumpty –es saber quién es el que manda... eso es todo.*

Alicia en el País de las Maravillas. 1865

Lewis Carroll

Cuando digo una palabra, en este caso transexual, la idea que inmediatamente nos viene en mente es la metáfora del cuerpo equivocado; mujeres que se sienten atrapadas en un cuerpo masculino y hombres presos de una anatomía femenina. De esta forma sería razonable pensar que el problema se encuentra en el cuerpo, un error terrible al nacer que les enfundó en el traje incorrecto.

La metáfora del cuerpo equivocado, que de hecho construye el discurso hegemónico sobre el tema, parte de una perspectiva biomédica. Consecuentemente si la transexualidad es considerada como un problema médico que se materializa en el cuerpo, está en el cuerpo y en el individuo su tratamiento, circunscribiendo la solución a un proceso de hormonación y a la cirugía de reasignación de sexo.

Cuando digo una palabra, diría el delirante personaje de la obra de Carroll, Humpty Dumpty, *esta quiere decir exactamente lo que quiero que diga, ni más ni menos*. La pregunta, acabaría matizando él mismo, *es saber quién es el que manda*, quien tiene el poder de unir significante y significado, de otorgar a la palabra su significación. De este modo habría que interrogarse sobre el significado que la sociedad da a mujer y lo mismo en hombre. Habría que cuestionarse en qué consiste ser una mujer y qué papel representa el hombre en nuestra sociedad. En definitiva, habría que identificar en que aspectos estas personas transexuales no se han reconocido en el papel que se espera de su sexo.

De esta reflexión se extraen una serie de roles, expectativas, comportamientos e incluso dictados físicos que de forma cambiante durante la historia han quedado asociados de forma exclusiva y excluyente a un sexo u a otro. Estas construcciones sociales son conocidas como el género¹: género masculino y género femenino y son impresos sobre los cuerpos respectivamente masculinos y femeninos nada más nacer.

Así cuando en la consulta de un médico este enuncia: *es un niño* o contrariamente *es una niña* inmediatamente se pone en marcha todo un dispositivo cultural, el género, que no cesará en su reproducción hasta el día de su muerte. De este modo antes de nacer, la persona ya está marcada por la cultura: la ropa y las expectativas que la vestirán, el significado de cada una de las partes de su cuerpo, las presiones por controlar su comportamiento, etc, serán en masculino o en femenino.

En una sociedad patriarcal esta temprana clasificación a la que quedan sujetas las personas constituye además un sistema de relaciones sociales y simbólicas de sumisión y dominio, en las que lo “femenino” se encuentra subyugado a lo “masculino”, de modo que género no solo impone diferencia, también jerarquía.

En nuestro sistema social, en nuestro lenguaje, nuestra administración pública, nuestro sistema legal y jurídico no existe otra posibilidad de identidad fuera del binarismo hombre-mujer, o vives como uno o como otro. Como diría la filósofa queer, Judith Butler, las personas en abstracto, sin género, son impensables o producen horror, sólo se vuelven inteligibles cuando poseen un género que se ajusta a normas reconocibles de inteligibilidad de género. Pero ¿cuál es este género inteligible? La misma lo define

¹ Esta definición responde a una visión constructivista del término, otras, como la esencialista biológica diferiría de la explicación dada. Este tema se analiza en el apartado de consideraciones teóricas.

como aquel que mantiene relaciones de coherencia y continuidad entre: sexo, género, práctica sexual y deseo. Es decir, aquel género que es consecuencia de un sexo biológico y que a la par mantiene relaciones sexoafectivas con el sexo-género opuesto.

Como vemos, la identidad de género se expande e invade el terreno de la orientación sexual de modo que este sistema binario queda integrado dentro de un marco heteronormativo, entendido como el régimen social, político y económico que presenta a la heterosexualidad como natural y necesaria para el funcionamiento de la sociedad y como el único modelo válido de la relación sexoafectiva y de parentesco. En este régimen, la heterosexualidad no es solo una práctica sexual, sino un sistema social, una imposición que se sostiene y reproduce a partir de instituciones que legitiman y privilegian la heterosexualidad a través de mecanismos sociales que invisibilizan, excluyen y/o persiguen a todos los divergentes de este orden. Un ejemplo claro es la institución del matrimonio, la cual ha excluido hasta la más reciente historia a las parejas homosexuales.

Butler considera que dentro de este marco heteronormativo, la heterosexualidad maniobra mediante la estabilidad de las normas de género. Es decir se basa en la asunción de que la hembra encarna lo “femenino” y el macho “lo masculino”, y en que estos individuos se sentirán atraídos por el sexo-género contrario. Este axioma de la heteronormatividad se evidencia en el caso de los homosexuales, a los que desde la homofobia se les atribuye un género fallido designando masculinas a las lesbianas, afeminados a los hombres gay y pervertidos a los bisexuales y transexuales. En este sentido, y tal y como considera el sociólogo Daniel Borrillo, la división de los géneros y el deseo (hetero)sexual, funcionan más como un dispositivo de reproducción del orden social que como un dispositivo de reproducción biológica de la especie.

En esta realidad binaria y heteronormativa, gays, lesbianas y sobretodo trans quedan fuera de lo *normal*. En palabras de la historiadora Patricia Soley-Beltran, al tacharlos de abyectos se construye un sistema de coerción para que los miembros de la sociedad se mantengan dentro de las identidades aceptables. Así, no debemos entender estos colectivos situados al margen del modelo dominante de género y sexualidad como minorías, sino, tal y como consideran los sociólogos Gerard Coll-Planas y Miquel Missé, como un producto de un mismo sistema de género que evidencia su funcionamiento.

De este modo y como conclusión a lo expuesto anteriormente definiremos el género como un dispositivo de poder que impone de forma rígida, violenta y jerarquizada las categorías de hombre/mujer, masculino/femenino y heterosexual con el fin de producir cuerpos que se adapten al orden social establecido.

Sin embargo, todo rígido esquema tiene su brecha, y la de este en particular se encuentra en el carácter socialmente construido del género. En este sentido la transexualidad (y no únicamente la transexualidad, sino todas las identidades trans) se manifiestan como expresiones potencialmente subversivas capaces de dinamitar el binarismo dicotómico del género, alzándose como la máxima expresión de que dicho sistema no funciona en tanto que muchas personas se sienten fuera de sus lógicas y no se identifican con sus expectativas.

El hecho de que el colectivo transexual sea conceptualizado con la metáfora del cuerpo equivocado evidencia la rigidez de este sistema al que los individuos deben encajar. La presión tan interna como social para que se operen y se hormonen es decir, para que su sexo y su género se correspondan, muestra la urgencia con la que se busca normalizar los cuerpos de las personas transexuales para que así abandonen la incómoda frontera que separa a los géneros, lo que es definido por los sociólogos Coll-Planas y Missé como un territorio incierto en el cual se multiplican personas fuera de la norma, como por ejemplo mujeres con pene o hombres embarazados. Paradójicamente en esta solución, las mismas personas oprimidas por el sistema binario hombre-mujer acababan deviniendo sus más perfectos reproductores. Otros oprimidos pero, resisten y alzan la voz para subvertir el orden impuesto y reivindicar la existencia de otras posibilidades más allá del binomio.

Si bien históricamente el principal colectivo visibilizado que ha luchado contra la opresión del género ha sido la mujer, el sujeto del feminismo, en la actualidad hay que comprender que las identidades se han complejizado, que la opresión también se ha complejizado y que las experiencias de muchas personas van más allá de este binomio (en este caso, las personas con identidades trans).

Como bien decía Humpty Dumpty, personaje de *Alicia en el país de las maravillas*, el poder consiste en llamar a las cosas como uno quiere, y que los otros las llamen de la misma manera. En un escenario de empoderamiento y resignificación de las identidades, esto implica que ya no son otros quienes pueden decirle a una persona trans

cómo nombrarse, cuál es su género y en consecuencia qué rol adoptar en la sociedad, son ellxs quienes tienen el derecho a decidir cómo hacerlo. Como diría el sociólogo, activista trans y transexual Miquel Missé: “Preferiría vivir buscándome, sin tener que encasillarme, haciéndome preguntas, vivir dudando sin tener que llegar a ninguna meta, sin punto final en mi recorrido”.

Motivación y justificación

La naturaleza de este trabajo es del tipo proyecto, decisión que se basa en la voluntad de poner en práctica cuatro años de carrera y de probarme en una profesión que, según la concepción personal de la misma, tiene mucho de oficio y requiere pisar la calle para ser bien ejecutada.

Tal y como evidencia el panorama periodístico y mediático actual, existen muchos modos de concebir la profesión, por lo que encuentro relevante y necesaria una primera reflexión sobre mi propia concepción. Ésta hace referencia a un periodista-antropólogo con la suficiente habilidad empática y poética para “*copsar* la calidad de la experiencia” (Chillón, 1994) y la capacidad de un historiador de conocer el pasado para comprender el presente.

Lamentablemente, la actual obsesión por las tecnologías y el clima híper digitalizado del mundo de la comunicación ha supuesto más un obstáculo que un impulso al ideal expuesto, y contrariamente a la creencia que ha empecinado y fijado a la industria en el oscuro devenir de la profesión, el futuro del periodismo no se aleja de aquello que siempre ha sido: buscar noticias y hallar fuentes.

La elección del tema parte de una convención personal que me ayuda a cuestionar la realidad que nos viene dada. *No es síntoma de buena salud el estar bien adaptado a una sociedad profundamente enferma*². En este sentido pensé que lo más idóneo sería empezar por el génesis de nuestra identidad, el concepto de género, la primera categoría que se nos asigna antes incluso de nacer.

Con el fin de reflexionar, analizar y cuestionar el sistema binario de género y de forma inevitablemente ligada, la sexualidad, encuentro especialmente ilustrativo el colectivo trans, identidad con un gran potencial subversivo dentro del sistema patriarcal heteronormativo basado en el binarismo de género.

Históricamente el colectivo trans ha estado marcado por el estigma y discriminado al pertenecer a una minoría sexual. Cuando nos hemos referido a él hemos hablado de exclusión y marginación, y consecuentemente de integración y de la riqueza de la diversidad, a menudo con un tono paternalista, presentándolos como víctimas al centrarnos únicamente en su sufrimiento. Teniendo en cuenta el enfoque predominante del discurso hegemónico que domina sobre esta minoría propongo como contrapunto la definición del concepto que Paul Preciado, filósofo queer, ofrece en el programa SON[I]A del MACBA: “minoría no es un concepto estadístico, una proporción o una cantidad, es una reserva de acción política”. Esta descripción abre un espacio de resistencia, de subversión y transgresión a la normatividad.

Consecuentemente el objetivo de este proyecto es el de retratar la minoría para cuestionar la sociedad, partir de la identidad trans con el fin de mostrar cómo se regula el género y la sexualidad. Evidenciar como a través de la estigmatización, la marginación el rechazo incluso la invisibilización de este colectivo se refuerza la idea de normalidad en materia de género y orientación sexual, es decir, retratar la vivencia de liberarse del sistema jerarquizado y coercitivo del género a través de la identidad más libre, la que se cuestiona.

El posicionamiento político manifestado tanto en la introducción como en estas primeras pueden llamar la atención en cuanto se alejan de uno de los ideales del periodismo: la mal llamada objetividad. Ciertamente es que parto desde una perspectiva muy concreta y esto responde básicamente a dos razones, la primera es la firme creencia en

² Cita del pensador, orador y filósofo espiritual hindú Jiddu Krishnamurti

la imposibilidad y contradicción en sí mismo que es el inalcanzable horizonte de la objetividad, primeramente por la naturaleza subjetiva del periodista como ser humano, y en segundo lugar porque, como diría Kapuchinsky: “el verdadero periodismo es intencional, a saber: aquel que se fija un objetivo y que intenta provocar un cambio”. Por otro lado mi posicionamiento se enmarca en un compromiso epistemológico que en el campo de la investigación ha sido bautizado como objetividad feminista. Este concepto pone en entredicho la supuesta objetividad y el carácter neutro de discursos típicamente científicos con el objetivo de esconder las posiciones desde las cuales han sido elaborados, es decir, evidenciar las relaciones de poder que influyen en la construcción de dichos discursos.

En tanto que mi visión sobre el tema se aleja bastante del discurso oficial (teóricamente objetivo y científicamente fundamentado) y con el objetivo de plasmar una parte importante del trabajo que ha consistido en un proceso de educación y politización personal previa al respeto del tema, incluyo a continuación una aproximación teórica al género que me sirve también de base para fundamentar el posicionamiento defendido a lo largo del trabajo.

Consideraciones teóricas

“No se nace mujer, llega una a serlo”

Simone de Beauvoir

Explica Simone de Beauvoir, que la que es su obra magna (*El segundo sexo*) fue concebido con la intención de explicarse que le había significado ser mujer. Lejos de quedarse en un mero ejercicio de reflexión personal, el texto produjo un efecto catarsis en los movimientos feministas, inaugurando la forma moderna de abordar la problemática femenina: el género. *No se nace mujer, llega una a serlo* argumenta que las características humanas consideradas femeninas son adquiridas por las mujeres en vez de ser intrínsecas a ellas al emanar naturalmente de su biología. Así ser mujer, o mejor dicho devenir mujer, depende no del determinismo fisiológico y anatómico de nacer con un sexo femenino, sino de la significación de este a través de una serie de procesos sociales y culturales.

El segundo Sexo (1949) inaugura la denominada Segunda Ola del Feminismo y sienta las bases para la construcción de una serie de teorías sobre la desigualdad de género que dan cuenta de las estructuras y de los procesos que la constituyen, alejándose de las

explicaciones naturalizadoras del discurso patriarcal que explica y justifica la diferencia entre las categorías “hombre” y “mujer” en su naturaleza.

Así, en el momento en que una no nace mujer, porque mujer es un constructo social, una serie de roles, expectativas, comportamientos, ¿puede cualquiera ser mujer? ¿Es ser mujer una elección, o más bien una imposición o una negación dependiendo de los genitales con los que hayas nacido? Inevitablemente estas preguntas nos dirigen hacia la cuestión de la libertad, que en el campo de la identidad es medida con la siguiente pregunta: ¿Uno escoge ser quién es? A esta responde la filósofa Judith Butler, cuya obra *El género en disputa* es considerada texto fundador de la teoría queer, argumentando que, una “llega a ser mujer” pero siempre bajo la obligación cultural de hacerlo.

Es precisamente en las bases de esta teoría y en las corrientes filosóficas de las que bebe donde fijo el apoyo teórico del objetivo del presente trabajo: la crítica al sistema binario jerárquico y coercitivo de géneros - indispensable para el mantenimiento de la sociedad heteropatriarcal - mediante las identidades de género potencialmente disidentes, las identidades trans.

Transexualidad como producto de la relación histórica entre sexo y género

Históricamente las identidades trans han sido patologizadas, marginadas y discriminadas en base a la idea de no correspondencia entre realidad corporal, (sexo) y realidad identitaria (género). Este axioma bebe de la corriente esencialista biologista, la cual sostiene que la identidad de género es la manifestación social de una serie de características sexuales “dicotómicas”- cromosomas, gónadas, hormonas, genes, etc —. Es decir que ser mujer u hombres depende de una “esencia real, auténtica (en este caso biológica) que es inmutable y constitutiva de una persona o cosa. Dicha esencia se considera presocial: la organización social la puede fomentar o reprimir, pero no modificar” (Fuss, 1999, en Coll-Planas, 2010).

Tal y como señala la profesora María Jesús Izquierdo, “el énfasis biologista en la inevitabilidad supone excluir la temática del ámbito de la política, impidiendo la reflexión y la acción que conduzcan a organizaciones sociales más justas” (Izquierdo,

2000 en Coll-Planas, 2010). Un caso ilustrativo y alarmante de esta posición es el uso del esencialismo biológico para poner límites a la igualdad reclamada por el feminismo.

La corriente esencialista biologisita constituye la primera de las tres principales formas históricas de entender la relación entre sexo y género. Las siguientes son deudoras de la anteriormente mencionada *no se nace mujer, llega una a serlo*. La primera (es decir, la segunda) parte de una posición constructivista al concebir sexo y género como dos aspectos independientes, libres de cualquier conexión causal entre ellos.

“Desde la mirada construccionista, no hay nada esencial o natural en el ser humano, sino que todo está construido social e históricamente [...] Esta afirmación [...] distingue entre una dimensión biológica, corporal – el sexo –, y una vertiente que tiene que ver con el comportamiento y los rasgos de personalidad – el género–, que se considera una construcción social. Esta concepción, pues, entiende el sexo como algo inmutable e inmanente del individuo, y el género como variable y modificable culturalmente.” (Coll-Planas, 2012).

Según esta posición, biología y cultura son dos elementos diferenciados que no se relacionan entre sí. Esta postura, al igual que la anterior, puede llevarnos hacia posicionamientos radicales y deterministas al afirmar que el cuerpo es pura construcción social negando así el su carácter material.

Una tercera y última corriente en la definición de la relación entre sexo y género es aquella que considera al género como “un producto social que constituye a los seres humanos en hombres y mujeres, no solo en su comportamiento y su subjetividad sino también en la dimensión física. De esta forma se cuestiona el carácter inmutable y presocial del sexo, y, invirtiendo el argumento biologista, se afirma que el sexo es un producto del género” (Coll-Planas, 2010). Judith Butler es una de las principales exponentes de esta corriente conocida como teoría queer³. Desde esta perspectiva, el género da significado a las diferencias físicas entre machos y hembras, significados que, al inscribirse en el cuerpo quedan naturalizado como sexo. Desde esta perspectiva el cuerpo tiene una dimensión material que adquiere forma en contacto con la cultura.

³ Esta visión es compartida por otras corrientes postidentitarias y postestructuralistas.

Estas tres aproximaciones, si bien sucesivas cronológicamente, han convivido y conviven en nuestra realidad, negándose y confrontándose. Ejemplo paradigmático que visualiza las consecuencias de la existencia simultánea de estas corrientes es la situación trans.

La transexualidad y la relación sexo-género

El concepto transexual aparece a mediados del siglo pasado en el campo de la clínica. Acuñado por el sexólogo David Cauldwell y popularizado por el sexólogo Harry Benjamin. El término, explorado en el libro de Benjamin *The Transsexual Phenomenon*, introduce la popular metáfora “nacer en el cuerpo equivocado”, al referirse al transexual como una persona que “se siente del sexo contrario y desea modificar su cuerpo quirúrgicamente para parecerse a las personas del sexo opuesto” (Coll planas, 2010)⁴.

Desde la aparición de *The Transsexual Phenomenon* esta se convierte en la obra de referencia para los terapeutas y cirujanos que diagnostican y tratan a personas trans. Y es a raíz de esta que se cimienta en el discurso hegemónico la perspectiva biologista del sistema sexo-género.

Al partir de una relación de consecuencia entre la realidad biológica (sexo) y la realidad social (género), se permite la patologización de la transexualidad a través de su diagnóstico como trastorno mental. Esta patologización ha estado legitimada por importantes instituciones médicas como la Organización Mundial de la Salud o la Asociación de Psiquiatría Americana (APA) que hasta la revisión y publicación – o inminente publicación en el caso de la OMS - de las últimas ediciones de sus manuales de enfermedades tipificaban el *trastorno de identidad de género* como un trastorno mental. Si bien la última versión del DSM – manual de la APA –, publicado en 2012, ha eliminado el concepto sustituyéndolo por el diagnóstico de Disforia de Género (DSM), y la próxima revisión del CIE, que en su onceava edición también promete cambios en

⁴ Si bien en la anterior definición la transexualidad queda únicamente circunscrita al cuerpo, es decir, a un rechazo hacia el sexo propio en aras del opuesto, esto es debido a la tardía aparición del concepto género. Esta se produce en el contexto de la publicación en 1968 de *Sex and Gender*, escrito por Robert J. Stoner, el cual impulsa la diferencia entre sexo biológico y el género social.

relación a la transexualidad⁵, son varias las voces que los consideran cambios de maquillaje.

La patologización ha sido y es aun a día de hoy, uno de los mecanismos actuales más eficaces para perpetuar la naturalización del sistema sexo/género y la reificación del género. En palabras de la teórica y performista americana Sandy Stone, la patologización se debe al hecho de que “bajo el mito fundacional falocrático del binario [de género], por el cual los ciudadanos y cuerpos de las sociedades de Occidente deben regirse, sólo un cuerpo por género es permitido. Todos los demás cuerpos no son correctos” (Stone, 1991 en Nieto, 2004).

La hegemonía de la que ha disfrutado el discurso patologizador transexual se debe en parte al abandono político que han sufrido históricamente dichas identidades.

“Para los legisladores y las instituciones que los representan ha resultado mucho más cómodo avalar el criterio medicalizador que adoptar, mediante normativas legales, posturas políticas y sociales que incidieran, desde la óptica de los derechos colectivos e individuales, en una mejora de las oportunidades y condiciones de la realidad transexual. [...] y justamente en ese proceder se ha dejado la transexualidad en manos exclusivas del modelo biomédico.” (Nieto, 2004).

Este posicionamiento político ha situado al colectivo transexual en una situación de inestabilidad, inseguridad y no reconocimiento social, hasta el punto de asumir una posición de ciudadanos de segunda. Se trata pues de un colectivo que se ha medicalizado, psiquiatrizado pero no socializado.

Prueba de la hegemonía de la clínica en el discurso trans es la legislación vigente. La ley 3/2007, también conocida como la Ley de Identidad de Género, establece como condiciones necesarias para el cambio de nombre (y consecuentemente de sexo) haber obtenido un diagnóstico de disforia de género y dos años de tratamiento hormonal. Estas condiciones obligan a la persona que quiera acceder al cambio de sus documentos oficiales, a someterse a un seguimiento psicológico y psiquiátrico y a medicarse por un periodo mínimo de dos años con tal de poder vivir en su identidad.

⁵ Propone cambiar trastorno por incongruencia de Identidad de Género (CIE).

A día de hoy, la sociedad idílicamente justa, libre, progresiva e igualitaria, sigue castigando brutalmente la no normatividad, en este caso, a través de la patologización.

“La vía de integración socialmente establecida es transformar sus cuerpos para dejar de cuestionar la correspondencia sexo/genero. A pesar de esto, las personas trans están ganando en presencia pública, se produce una creciente deslegitimación de su patologización y la aparición del activismo transgénero, aunque minoritario, muestra otras formas de vivir la discordancia entre sexo y género y cuestiona el sistema de género en su globalidad.” (Coll-Planes, 2010).

El cambio transgénero

Las voces críticas con la patologización de la transexualidad coinciden con la aparición de lo que se conoce como transgeneridad. Este término, polifacético a la hora de nombrar realidades, experimenta una evolución desde el momento de su aparición hasta nuestros días.

El término transgénero aparece en 1970 para denominar a esas identidades que, sin la necesidad de someterse a ningún cambio físico – principalmente entendido como la operación de reasignación sexual – deciden vivir como el otro género. A principios de la década de 1990 el campo semántico del concepto experimenta unos cambios.

“El activismo y el entorno académico dan una connotación política al término, que a partir de entonces denomina a las personas cuyo género no se corresponde con su sexo y que cuestionan el sistema binario de género, se resisten a adoptar uno de los dos roles y rechazan la reivindicación de normalidad. En la misma década, se incorpora un tercer significado: transgénero⁶ como termino paraguas para referirse a cualquier persona que no tiene un género normativo.” (Coll-Planes, 2010)

Así el concepto abarca todas aquellas personas que cuestionan la continuidad impuesta entre sexo biológico y género cultural y la estricta segmentación de lo masculino y lo femenino (transexuales, genderqueer, cross-dressers, drag queens, drag kings, etc).

⁶ Esta acepción de transgénero existe en el mundo anglosajón, dentro del contexto español se utiliza el termino trans.

A diferencia del transexual, el transgénero no se cuestiona su identidad sino el sistema de sexos y géneros que de forma coercitiva y jerarquizada construye las identidades dicotómicas hombre y mujer - de este modo el transgénero no comparte la angustia de haber nacido en un cuerpo equivocado - .Esta diferencia queda perfectamente expuesta en el testimonio de la doctora en antropología social y transexual Norma Mejía:

“La transexual que se toma por mujer cree que siempre lo ha sido, que esta es su esencia eterna, pero que por un error de la naturaleza ha nacido, ha sido encerrada, en un cuerpo equivocado. Para corregir este terrible error pasa por ese periodo molesto y duro que es la transexualidad, acepta ser transexual durante un tiempo, pasado el cual deviene lo que siempre ha sido, una mujer [...] la transexual que se considera simplemente una transexual, de entrada rechaza, generalmente sólo interiormente pues de cara al exterior hay que hacer concesiones para sobrevivir, el binarismo que le impone la sociedad. No acepta que tenga que elegir entre ser hombre y ser mujer pues sabe, pues siente, que ella no es ni una cosa ni otra y le parece evidente que las etiquetas no se corresponden con las realidades.” (Nieto, 2004)

Partiendo del testimonio de Norma Mejía podríamos decir que “los transgeneristas tiene experiencias personales que van más allá de las fronteras establecidas por lo binarios de género; llevan a la práctica la teoría queer” (Nieto, 2004).

La cadena simbólica

Antes de abordar las aportaciones de la teoría queer - como hemos señalado anteriormente, base teórica del presente trabajo – merece un espacio de reflexión el concepto de normatividad en el campo de la identidad, la cual supone la exclusión de las identidades transexuales y transgénero. En este sentido, la cadena simbólica de la doctora Olga Viñuales nos habla de cómo se construyó la relación de teórica consecuencia y continuidad que se establece entre sexo, género, orientación sexual y prácticas sexuales.

“Tomando como referencia el mundo animal, se atribuyó al sexo masculino un rol activo, dominante, y al femenino un rol pasivo, dócil y dependiente. Era un modelo que [...] adoptaba una visión naturalista, donde las diferencias entre

hombres y mujeres se explicaban en términos de su diferente naturaleza sexual, es decir, de la posesión de determinados caracteres sexuales. Sexo y género quedaba así estrechamente ligados, se prescribió la cópula heterosexual y se estableció la reproducción como finalidad única de la sexualidad humana, quedando cualquier situación intermedia –como el hermafroditismo, la transexualidad o la homosexualidad, que en épocas anteriores habían sido considerados como variantes del ideal- excluida del ámbito de la normalidad y al de las anomalías y las patologías. Este nuevo discurso dicotómico de la medicina se extendió y se institucionalizó en la sociedad, consolidando una cadena simbólica que vinculaba entre sí sexo, género, orientación sexual y prácticas sexuales. Era un planteamiento sencillo: se nacía siendo macho o hembra, lo cual significaba comportarse de forma complementaria con una persona de distinto sexo (roles masculino y femenino), preferir como objeto de deseo al sexo opuesto y practicar el coito vaginal.” (Viñuales, 2001).

El modelo fija la norma - dos identidades esencialistas y excluyentes: la de hombres y mujeres sic⁷ concebidas desde su complementariedad: heterosexualidad.- y en oposición a esta se definen las exclusiones. Estas identidades subversivas entendidas como aquellas que fallan, en algún punto u otro, la continuidad de la cadena, no deben entenderse tanto como un fallo del sistema sino como la prueba de la incorrección del mismo. En un primer nivel de subversión nos encontramos con aquellas prácticas sexuales que desafían el objetivo reproductivo de la sexualidad – sexo con protección o sexo anal por ejemplo -, en un segundo nivel nos encontramos con las identidades homosexuales - gays y lesbianas que niegan la exclusiva complementariedad heterosexual -, y en el último peldaño encontramos aquellos sujetos cuyo género diside de la valoración cultural que se le han dado a sus genitales - transexuales y transgénero-.

Otro punto de vista interesante es el de la filósofa queer Judith Butler quien también aborda la cadena simbólica, en su caso, bajo el nombre matriz heterosexual. Butler la define como el marco normativo dentro del cual se producen identidades sexuales, en lugar de ser, como se pretende, un modelo descriptivo del funcionamiento de las mismas. El proceso de producción de estas identidades es controlado, en palabras de

⁷ Cis se refiere a la coincidencia o alineación de la identidad de género con el sexo asignado. Así las personas que tienen una identidad de género distinta a su sexo son denominadas trans y las personas que si coinciden reciben el nombre de cissexuales o cisgénero.

Butler, por el sistema de castigos y recompensas que promueven y legitiman o sancionan y excluyen distintas identidades. Según Butler, la reproducción de estas identidades nos permite ser reconocidos tanto por los demás como por uno mismo. “Esta necesidad humana de estabilidad – social y psíquica – tiene que ser tomada en cuenta al cuestionar aspectos como el género y la sexualidad” (Coll-Planas, 2012)

Consecuencia de la interiorización y asunción implícita de este rígido modelo son las actitudes discriminatorias y la violencia hacia la diversidad sexual. En todos y cada uno de estos niveles de subversión, ha habido y hay una respuesta de castigo que se concreta, según la feminista Iris Marion Young, en tres dimensiones: violencia, marginación e imperialismo cultural.

“Respecto a las agresiones, la autora pone énfasis en su dimensión estructural y las considera en un sentido amplio, incluyendo las de carácter físico, simbólico y emocional: “Lo que hace de la violencia un fenómeno de injusticia social, y no solo una acción individual moralmente mala, es su carácter sistemático, su existencia en tanto práctica social” (Young, 2000). Por lo que a la marginación se refiere, Young la define como el proceso por el cual un grupo social es expulsado de la participación en la sociedad, quedando expuesto a privaciones e incluso a la muerte.” (Coll-Planas, 2010).

Ejemplos de este tipo de agresión es la situación de patologización de estas identidades, tanto en el ámbito de la medicina como el legal, que limita la posibilidad de participación a la persona trans. Finalmente Young define el imperialismo cultural como el proceso de universalización de un grupo dominante, cuya posición se fija como la norma que desemboca en la invisibilización y estereotipación de otro grupo que es señalado como el otro. (Young, 2000 en Coll-Planas). En el caso que nos ocupa, el imperialismo cultural se ejerce sobre todo a través de los estereotipos y la invisibilización. Son ejemplos la falta de referentes trans en la cultura *mainstream* o el estereotipo de la mujer trans como una persona hiperfemenina que se dedica a la prostitución. (Coll-Planas, 2010)

Las reflexiones anteriores nos permiten una mejor aproximación a los esquemas que regulan nuestra realidad, y a partir de estas podemos concluir que si bien históricamente se ha considerado que la sociedad de géneros patriarcal ha subyugado a la mujer en cuanto *género débil*, en el panorama mejor desentrañado que nos brinda la actualidad,

podemos observar como la sociedad patriarcal jerarquiza, discrimina y excluye las otras identidades de género que transgreden el rígido modelo dos sexos/dos géneros/heterosexualidad. En este sentido, la violencia que sufren las identidades trans por no adaptarse al modelo hegemónico es, de hecho, violencia de género.

La teoría queer

Si violencia de género ya no es únicamente violencia contra la mujer, lo queer abre un espacio de defensa de esta violencia más compleja y estructural. Debemos situar el surgimiento del movimiento y activismo queer en las luchas políticas y sociales que se dan en la década de los 80 en Estados Unidos y algunos países de Europa. “En estas época confluyen diversas crisis que van a dar un giro radical a las políticas feministas y de los grupos de gays y lesbianas: la crisis del sida, la crisis del feminismo heterocentrado, blanco y colonial, y la crisis cultural derivada de la asimilación por el sistema capitalista de la incipiente cultura gay” (Córdoba, Sáez, Vidarte, 2005). Es en la conjunción de estas tres crisis cuando una serie de movimientos sociales se reapropian de la injuria para hacerla bandera, desembocando en la creación de un nuevo movimiento reivindicativo de la identidad: el activismo queer.

Sólo años después de que se iniciaran las revueltas sociales queer, algunos intelectuales norteamericanas lesbianas, que habían estado comprometidas en movimientos feministas y de lucha contra la homofobia (Teresa de Lauretis, Judith Butler, Eve Kosofsky, entre otras), iniciarán una reflexión más teórica sobre el alcance de los cuestionamientos que se habían estado produciendo socialmente sobre las políticas identitarias de la “mujer” o “lo gay”, reflexión que se conocerá como “teoría queer” (Córdoba, Sáez, Vidarte, 2005).

Epistemología

Hasta el momento queer era un término peyorativo - se traduce literalmente del inglés como extraño, desviado, raro, invertido - y era comúnmente usado para referirse a *anormales*, sobre todo a aquellos caracterizados por su sexualidad. “El término en su oposición da cuenta de una sexualidad normal (la pareja heterosexual estable) que se

enfrenta a otras consideradas “anormales”, sugiriendo que las últimas son inadecuada o perjudiciales” (Sierra, 2005).

Queer es una palabra que en el uso de la lengua inglesa puede referirse tanto a sujetos masculinos como a sujetos femeninos, y por extensión a todas y cada una de las combinaciones de la dicotomía de género que pudiéramos imaginar, o que podemos articular, en la práctica cotidiana de comunidades marginales respecto de la heterosexualidad. “En este sentido, queer es más que la suma de gays y lesbianas, incluye a éstos y a muchas otras figuras identitarias construidas en este espacio marginal (transexuales, transgénero, bisexuales...) a la vez que se abre a la inclusión de todas aquéllas que puedan proliferar en su seno [...] así queer adquiere un cortante filo crítico al definirse a sí mismo en contra de lo normal, más que de lo heterosexual” (Córdoba, Sáez, Vidarte, 2005).

El sujeto marcado, sabedor de la carga despectiva del término, decide apoderarse del concepto y revertirlo en su significado. Queer deja de ser un insulto para ser una identidad y una forma de aproximación al mundo fuera del sistema de la sexualidad dominante amparada en categorías binarias, mutuamente excluyentes, tales como mujer/hombre, heterosexual/homosexual, entre otros.

Desnaturalización del sexo y carácter performativo del género

Los teóricos queer⁸ reniegan de la idea del debate esencialista/constructivista en su sentido más determinista. La mayor influencia dentro de la teoría, la filósofa Judith Butler – una de las autoras vivas más citada en el campo de las humanidades – articula sus textos sobre el género entorno a dos ejes: la desnaturalización del sexo, y el carácter performativo del género. La teoría queer abre un espacio para la defensa de las identidades disidentes, que, como hemos visto, son todas aquellas que subvierten la cadena simbólica que conecta sexo/genero/orientación sexual/práctica sexual.

⁸ La teoría queer nace involuntariamente cuando Judith Butler publica su libro postfeminista *El género en disputa*. Sus reflexiones son merecedoras de un nombre propio y consecuentemente de una nueva corriente teórica. Sus trabajos filosóficos son complejos y muy difíciles de divulgar sin desvirtuar, motivo por el que el lector debe tomar las explicaciones que siguen como simplificaciones de una lectura primeriza, que si bien ha dedicado mucho tiempo a la comprensión de los textos, es consciente de que hay matices que se le escapan.

Desnaturalización del sexo. La aparición del concepto género permite a la corriente feminista moderna cuestionar las definiciones esencialistas que el discurso patriarcal hace de hombres y mujeres (Córdoba, Sáez, Vidarte, 2005). Es a partir de la emergencia de este concepto que la filósofa anglosajona Gayle Rubin define el sistema sexo/género “como un proceso o mecanismo por el cual se transforma a machos y hembras de la especie humana en hombres y mujeres sociales adaptados a la división de papeles que la sociedad establece entre ellos y que varía entre las diferentes sociedades en su contenido específico y en sus formas de relación” (Córdoba, Sáez, Vidarte, 2005).

Rubin forma parte de la línea anglosajona de pensamiento feminista, cuyos planteamientos si bien se articulan en pro de la persecución de una bella utopía - en palabras de la propia autora; “El sueño que me parece más atractivo es el de una sociedad andrógina y sin género, en el que la anatomía sexual no tenga ninguna importancia para lo que uno es, lo que hace y con quien hace el amor” (Rubin, 1996), pecan de inocentes al desnudar al sexo de todo significado. Es en este punto donde la teoría queer, concretamente las aportaciones de Judith Butler, actualiza el lugar de donde emana la diferencia al determinar que el sexo, lejos de ser una realidad biológica neutra, es también una construcción social. Para Butler el “género no es ya una expresión de una esencia natural que sería el sexo, sino que el sexo será un efecto (consecuencia) de la división social entre los géneros” (Córdoba, Sáez, Vidarte, 2005). Es decir, es a partir de los géneros hombre y mujer que se hace una lectura binaria al cuerpo⁹ y por lo tanto “la consecuencia teórica será ver en el sexo una construcción discursiva naturalizante de la diferencia de géneros establecida socialmente” (Córdoba, Sáez, Vidarte, 2005).

El siguiente paso de Butler es efectuar un nuevo giro, esta vez en relación a la sexualidad y género. En este sentido y según la autora, la naturalización de las identidades de género a través de su anclaje en el sexo es el efecto de un dispositivo político de reproducción de la heterosexualidad (Córdoba, Sáez, Vidarte, 2005). Es decir, Butler revierte en su totalidad el orden impuesto, según el cual, el sexo es la causa

⁹ Con esto Butler no niega la existencia de realidades fisiológicas y anatómicas diferenciadas entre Hombres y mujeres, más bien puntualiza que la creación de los dos sexos se hace con el fin de complementar la realidad social que se ha organizado en torno los dos géneros. En palabras de la doctora Leticia Sabsay “No hay acceso a la materialidad del cuerpo sino es a través de un imaginario social: no se puede acceder a la “verdad” o a la “materia” del cuerpo sino a través de los discursos, las prácticas y normas.”

del género y a su vez de la heterosexualidad. Así Butler propone como origen de esta cadena la visión heteronormativa que ha dominado en la historia de nuestra humanidad a través del esquema del patriarcado, a partir de la cual se crean dos géneros bien definidos en pro de su complementariedad que a su vez son esencializados en un sexo culturalmente significado.

Carácter performativo del sexo. La otra gran aportación de la obra de Butler es el concepto de performatividad del género, el cual es de especial relevancia para abordar el sujeto de este trabajo.

Butler rechaza todas aquellas concepciones del género que lo presentan como una manifestación externa de una interioridad o esencia. Para Butler el género es una puesta en escena tras la que no encontramos esencia alguna. El género pues, solo existe en su ejecución, en su performatividad; “Lo que consideramos una esencia interna del género se fabrica mediante un conjunto sostenido de actos, postulados por medio de la estilización del cuerpo basada en el género” (Butler, 2001).

Es pues la constante reproducción de la misma la que crea la ilusión de su existencia. Esto no quiere decir que la performance del género sea una elección, un rol o un vestido en el que se enfunda la persona cada día en función de lo que le apetezca. La actuación del género es una regla obligatoria que se nos impone coercitivamente, “regla que no se aprende como uno se aprende un guion, sino que es interiorizada y actuada desde un plano principalmente inconsciente. Esto implica que el cuestionamiento y la transformación consciente de las normas tendrá efectos limitados y que se pueden producir desplazamientos en la internalización de las normas que alteren o subviertan los fines de las mismas de forma involuntaria” (Coll-Planas, 2010).

Para explicar el funcionamiento de la performance Butler se refiere a la performance drag. A partir de esta Butler observa la performance del género como una serie de mecanismos de imitación de un ideal - en el caso de las drag queen, el ideal de la feminidad - que debido al cuerpo donde se performa – uno cuerpo masculino – el género es percibido como falso. Butler dice que la feminidad, como ideal normativo, es inalcanzable.

“Ningún sujeto puede acceder de forma absoluta, masculinidad y feminidad pueden ser –y de hecho son– distribuidos, encarnados, combinados y

resignificados de formas contradictorias y complejas en cada sujeto. Y no hay encarnaciones o actuaciones de la feminidad o de la masculinidad que sean más auténticas que otras, ni más “verdaderas” que otras. Lo que habría, en todo caso, son formas de negociación de estos ideales más sedimentados, y por ende naturalizados o legitimados que otros, lo que consecuentemente los vuelve “más respetables” de acuerdo con un imaginario social que continúa siendo primordialmente heterocéntrico” (Sabsay, 2009).

Es decir, una performance de género femenino será considerada más verdadera si se encarna en un cuerpo de mujer biológica que no de hombre, pero en el fondo en ambos casos se estaría reproduciendo una imitación de un ideal inalcanzable, en este caso el de mujer. La preferencia que se ejerce cuando se acepta una imitación por buena a costa de otra que es tachada de falsa, es debido a la interiorización de la cadena causal entre sexo-género-deseo. La cual es presentada como la manifestación de una supuesta esencia interior, una verdad del ser humano.

Llegados a este punto podemos – y debemos - tomarnos un respiro.

Como hemos visto, uno de los objetivos fundamentales de Butler es cuestionar el esencialismo de las identidades de género *legítimas*, que se sustenta en una relación causal entre sexo, género y deseo y en una unidad metafísica de los tres. De este modo, para la autora “las identidades y los actos corporales que rompen dicha coincidencia *obligatoria* no sólo plantean cuestionamientos al orden de género sino que son legítimas [...] pues la coincidencia sexo, género y deseo no es natural, sino decretada” (Butler, 2000).

Desde esta óptica las identidades trans no serían manifestaciones “antinaturales”, “artificiales” o “desviadas”, sino posibilidades coherentes que rompen con el esencialismo binario del continuo sexo-género-identidad-deseo-placer.

Para entender lo liberador de esta teoría son alumbradoras las palabras de Gloria Anzaldúa, feminista, mestiza y queer:

“Hay algo irresistible en ser hombre y mujer a la vez, en el tener acceso a ambos mundos. En contra de algunos dogmas psiquiátricos, los mitad y mitad no sufren una confusión de identidad sexual, o una confusión de género. Lo que sufrimos es una absoluta dualidad despótica que dice que sólo somos capaces de ser uno u

otro. Se afirma que la naturaleza humana es limitada y que no puede evolucionar hacia algo mejor. Pero yo, como otras personas queer, soy dos en un único cuerpo, tanto hombre como mujer. Soy la encarnación de los hieros gamos: La unión de contrarios en un mismo ser.” (Anzaldúa, 2004).

Establecidas las bases teóricas e integrados nuevos esquemas mentales en la forma de descifrar la realidad, es el momento de retratar, observar y analizar la materialización de los anteriores planteamientos. A través de las identidades trans podemos acercarnos un paso más a la conquista de una lejana cumbre, en palabras del sociólogo Zygmunt Bauman, la reconciliación de la humanidad con su propia e incorregible diversidad.

La revista

Objeto y objetivos

El objeto de estudio es el colectivo trans circunscrito al territorio catalán. Si bien la concreción geográfica responde a la necesidad de acotar el alcance debido a las propias limitaciones del proyecto, el resultado pretende ser extrapolable al conjunto del Estado, pues no existen diferencias insalvables en el grupo comprendido dentro de la geografía española. En este sentido partimos del colectivo trans catalán como paradigma del mismo a nivel nacional.

El proyecto final consiste en una revista monográfica, una publicación que, si bien centrada en la tema trans. Si bien la identidad protagonista como sujeto a través del cual abordar el género, al fin y al cabo, el género nos incumbe, nos define, limita y construye a todos.

El objetivo último es el de conseguir un producto periodístico transversal, que aporte la información necesaria tanto para comprender el estado de la cuestión trans como para cuestionar, a partir de estas identidades, el modo en que miramos al mundo, un objetivo, tal y como explica Juana Peris Blanes, no poco ambicioso en la coyuntura de nuestra realidad.

Rodeados de múltiples acontecimientos diversos, la capacidad para hacer de ellos una experiencia – esto es, de convertirlos en el motor de una transformación subjetiva - parece haber entrado en franca decadencia: quizás sea esta imposibilidad de traducir los eventos y las vivencias en experiencia lo que hace insoportable, a veces, la existencia cotidiana. Del mismo modo, el énfasis en la circulación de la información y en la disponibilidad de los datos parece eximir a los sujetos de la necesidad de integrarlos y de la posibilidad de dejarse transformar por ellos. (Jauna Peris Blanes, 2010).

Transformación del sujeto protagonista y del lector. Transformación parece ser, el objetivo último de esta empresa.

Contenidos

La revista incluye un compendio de textos periodísticos y otros contenidos a través de los cuales se pretende, en un primer nivel, abordar el estado de la cuestión trans y en otro más elevado preguntar y cuestionar el sistema de género que nos organiza tanto a nivel individual como social.

La publicación tiene una vocación divulgativa, que más allá de la efímera vigencia de la noticia pretende ofrecer una mirada reposada, retrospectiva y analíticas sobre el tema en cuestión. Para ello los géneros emprados han sido específicamente seleccionados según las posibilidades que ofrecen.

Los formatos periodísticos finalmente escogidos para la construcción del relato son la entrevista, el reportaje, el retrato y el ensayo periodístico, debido a la capacidad y profundidad de alcance que ofrecen sus formas. Del mismo modo y debido al formato revista con el que se pretende dar forma y cohesión al resultado también se incorporaran otros contenidos tales como una colección fotográfica, ilustraciones y un poema. Paso a continuación a explicar más detalladamente cada una de las tipologías de contenidos usadas a través de los textos finales presentados.

El retrato. A lo largo de la revista se incluyen tres retratos, el de Paula, (*Repíete conmigo: “no lo contarás”*) una chica cross-dresser¹⁰ a cargo, junto con Sofía Dior, del club Enfemme. El de Leo y Lluc, dos chicos (y amigos) trans (*Llegar tan hondo que el otro*

¹⁰ Chico que se viste de mujer.

se incomode y se quiera ir), y el de Izar, un músico trans (SER/ESCUPIR/EXISTIR). En los dos primeros retratos se hace uso de una serie de recursos literarios con el objetivo de novelar el texto final. Los resultados son una especie de retratos-relatos que explica las vidas de sus protagonistas a través de un momento cotidiano aunque significativo en ellas. Por otro lado el de Izar fue planteado en un primer momento como una entrevista, por lo que la falta de información limitó las posibilidades narrativas. Este caso sería más bien clasificado como un retrato-entrevista.

Entrevista. Se incluyen dos entrevistas a expertos. La primera, la del doctor en sociología Gerard Coll-Planas, tiene una intención divulgativa y educativa en relación al concepto de género y sus distintas expresiones. La segunda, la doctor en antropología Jordi Grau i Mas, es más bien informativa ya que se abordan temas relacionados con la más inmediata actualidad de la cuestión trans en la ciudad de Barcelona.

Ensayo. La mayoría de contenidos pueden definirse como ensayos debido a su intención divulgativa. Cada uno de ellos pero, cabría situarlo dentro de otras categorías genéricas. Así por ejemplo tendríamos el reportaje ensayístico que articula el texto *Cómo acabar con la revolución: la historia de la patologización*, que, con una mirada histórica y actual, analiza y expone los motivos por los cuales lo trans ha sido históricamente patologizado, además de dar cuenta del movimiento a favor del reconocimiento de los derechos de autodeterminación de género como garantía del cumplimiento de los derechos humanos. En otro nivel tendríamos el perfil ensayístico del texto *Effy, arte y performance queer*. A través de la obra de la artista se plantean una serie de temas teóricos en relación al cuerpo (principal vehículo de su arte) y su relación con el género tal y como la plantea la teoría queer. *La trampa del narrador Dios. La desaparición de la transexualidad de los libros de historia*. Es una mirada histórica a las diferentes expresiones de género subversivas que a lo largo de la humanidad se han desarrollado en sociedades no-occidentales. *La impostora la patética y la trampa de la dignidad. The charmed circle*, sería quizás el ensayo más puro de todos los presentados al abordar la cobertura mediática de lo trans en una comparativa de las representaciones pasadas y las actuales. Por último, *The charmed circle: Si se acepta la exclusión es por qué no cuestiona*, es una pequeña columna de opinión ensayística que ofrece una explicación teórica al enfoque del documental sobre transexualidad en la infancia que emitió el programa *30 minuts* el pasado abril.

Fotografía. Más allá de las fotografías que acompañan a distintos contenidos se incluye a modo de fotoreportaje la obra de Leo Müller *Gender-Mirror*.

Otro tipo de contenidos no clasificables propiamente como periodísticos son el diccionario (un recopilatorio de términos útiles en el prolijamente etiquetado mundo del género) el poema que acompaña el retrato-entrevista de Izar (escrito por el mismo) y los grafismos ilustrados que son abordados en el siguiente apartado.

Diseño

La revista está concebida como una experiencia, una interpelación directa al lector con el objetivo de implicarlo en un proceso que persigue hacerle pensar. Para ello he contado con la inestimable ayuda de Xavi Miranda, estudiante de diseño gráfico de la Escuela Superior de Diseño quien ha asumido el cargo de director de arte. Si bien ambos hemos participado en el proceso de definición y creación visual de la revista han sido sus manos las que han materializado el resultado. Para ello partimos de la definición de diseño como aquella disciplina que trata de articular un mensaje a través de la imagen. En este sentido nada en la conceptualización visual de la revista es aleatorio. Todo tiene un porqué.

Gama cromática

El principal mensaje vehiculado a través de la forma puede explicarse con la metáfora de la gama cromática. Cuatro colores: el fucsia, el azul, el negro y el blanco. En nuestra sociedad los colores aparecen ligados a una serie de conceptos, y en el campo del género azul siempre ha sido considerado un color de chicos y fucsia de chicas. El negro, por su lado, es el color más oscuro que puede creerse con una mixtura que los integre a todos, y el blanco, la luz blanca, queda descompuesta en los colores primarios al pasar por un prisma. De este modo y siguiendo con la metáfora, es en el caos y en la pulcritud respectivas del blanco y el negro donde queda representada la gran diversidad que colma el campo de la identidad.

Blanco y negro son los colores base de toda la revista, mientras el fucsia y el azul aparecen destacados en detalles (títulos, ilustraciones, fondos, etc) de contenidos específicos. A medida que se van pasando las páginas pero, los dos colores exclusivos y

excluyentes del género van desapareciendo, ilustrando un viaje que partía de una concepción binaria de este hacia una perspectiva más flexible.

Portada

La portada es un ente independiente que ilustra, a su modo, la metáfora de la gama cromática. Se trata de una superficie blanca donde todos pueden inserir sus propios significados, en un punto pero, aparece rota, agujereada y a través de la apertura se ven dos colores: hombre y mujer, azul y fucsia. En la portada, igual que en la versión oficial que construye nuestra visión del género, solo existen dos opciones, hasta que al pasar página se desvela un universo más complejo. Partiendo de los dos colores base, otras realidades tienen cabida. Aparecen degradaciones del fucsia y azul, que en unas tonalidades más oscuras se acercan y se asemejan cada vez más, hasta llegar al negro como representación de la unión de todos ellos. El objetivo en este sentido es interpelar al lector, conseguir la implicación de su máquina pensante al ubicarlo ante una composición abstracta sin ningún tipo de indicación textual, ningún título. El propósito es hacerle partícipe directo, preguntarle sobre lo que ve, e incitarlo a que encuentre su propia respuesta.

La ausencia de título en la portada pues, es deliberada. Los motivos que justifican la decisión son varios. El primero (el expuesto anteriormente) va cogido de la mano de un segundo. Los títulos, en su papel de nombrar las cosas, cumplen con unas funciones tan básicas como las de identificar, describir y presentar, por lo que es difícil prescindir de ellos. Sin embargo los títulos, al definir lo que se es, también acotan, limiten, constriñen al dejar fuera todo aquello que no. Nos sirven de etiquetas que crean ideas mentales, las cuales no están exentas de jerarquía. Como precisamente uno de los planteamientos del trabajo ataca la inmovilidad de estas etiquetas y la necesidad de poner nombre a todo, creímos conveniente no otorgar ningún nombre a la propia publicación.

Títulos ilustrados y grafismos

Más allá de la portada y la gama cromática, uno de los principales soportes visuales de la revista son los lettings (títulos ilustrados) y los grafismos. Acompañado al texto o como elementos autónomos e independientes cumplen la función de articular un

segundo nivel semántico. A continuación identifico y explico el significado de cada uno de estos elementos por orden de aparición de los contenidos de los que forman parte.

Repita conmigo “no lo contarás”. El texto viene acompañado de la ilustración de una mano reposando sobre la biblia en señal de juramento. La imagen acompaña al título del retrato de Paula y viene a ilustrar la principal exigencia que se autoimponen dentro del colectivo cross-dresser a sabiendas del rechazo social que generaría el descubrimiento de su condición: “no lo contarás”.

Llegar tan hondo que el otro se incomode y se quiera ir. El retrato de los dos chicos trans Leo y Lluç viene acompañado de un juego visual, las letras de sus nombres construyen los instrumentos a través de los que se expresan. Leo estudia Bellas Artes y su principal vehículo de creación es la fotografía, de este modo las letras de su nombre dibujan una cámara. Por otro lado Lluç estudia saxo en la Escuela Superior de Música de Cataluña y las cuatro letras que escriben su nombre perfilan la silueta de su instrumento.

La trampa del narrador Dios. Como la transexualidad desapareció de los libros de historia. El juego en este caso es sencillo pero directo, al ilustrar la I de Dios con la cruz cristiana, el mensaje gana fuerza.

Diccionario. La política de los nombres. Tal y como indica el mismo título del texto se trata de un diccionario. Para reforzar la idea el contenido se ha maquetado con el mismo estilo y el título se ha ilustrado semejando la portada de un diccionario vetusto.

Cómo acabar con la revolución: la historia de la patologización trans. El contenido va acompañado de un pattern formado por los símbolos de hombre y mujer y varios objetos relacionados con la medicina: una pastilla, un maletín de primeros auxilios y un estetoscopio. Siguiendo con la metáfora de la gama cromática, estos son coloreados de azul y fucsia, las dos únicas opciones que se contemplan desde el campo de la medicina.

Independientes y autónomos de cualquier otro contenido, a lo largo de la revista aparecen dos grafismos ilustrados que tienen entidad propia. El primero, el copo de nieve de los géneros. Sobre un fondo que va del rosa al azul, con la gradación que une al uno y al otro, aparecem en forma de estrella todos los símbolos existentes para identificar distintos géneros y sexos: hombre, mujer, transgénero, andrógeno, genderqueer, intersex etc.

El otro elemento es el esquema de las tres reglas, una ilustración gráfica de los tres niveles de construcción del género: sexo, identidad de género y expresión de género. Estos, más que posiciones estancas, inamovibles y bien definidas son un continuum que permite distintos niveles de gradación entre un extremo y el otro. En un primer nivel encontraríamos la regla del sexo: a lado y lado, sexo masculino y sexo femenino y en una gradación intermedia encontraríamos los cuerpos intersexuales. En un segundo nivel estaría el género: hombre-mujer y en un término medio situaríamos al trans. En el último nivel situaríamos la expresión de género: masculina o femenina y andrógina a medio camino entre ambas. En todos los niveles, los extremos, es decir: sexo masculino-femenino, hombre-mujer, expresión masculina-femenina, están situados fuera de la regla en el sentido de ideales inalcanzables, nunca encarnados por ninguna persona. Por otro lado, la relación que se establece entre los tres niveles es siempre nula.

Hechas todas las explicaciones es momento de entrar en materia. Abran la revista.

Bibliografía

- Anzaldúa, G. (2004). *Otras Inapropiables: Feminismos desde las Fronteras. Movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan*. Madrid. Editorial Traficantes de Sueños.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona. Paidós.
- Chillón, A. (1994). *La literatura dels fets*. Barcelona. Llibres de l'Índex.
- Coll-Planas, G. (2010). *La voluntad y el deseo: La construcción social del género y la sexualidad: el caso de lesbianas, gays y trans*. Barcelona. Egales
- Coll-Planas, G., Missé, M. (2005) *El género desordenado*. Barcelona. Egales.
- Coll-Planas, G., Bustamante, G., Missé, M. (2009). *Transitant per les fronteres del gènere. Estratègies trajeshories i aportacions de joves trans, lesbianes i gays*. Barcelona. Estudis; 25.
- Córdoba, D. Sáez, J. y Vidarte, P.(2005). *Teoría Queer. Políticas bolleras, Maricas, Trans, Mestizas*. Barcelona. Egales.
- De Beauvoir, S. (2005). *El segundo sexo*. Madrid. Catedra.
- Piñeroba, N., Antonio, J. (2008). *Transexualidad, intersexualidad y dualidad de género*. Barcelona. Egales.
- Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad*. La voluntat del saber México, Siglo XXI.
- Galofré, P., Missé, M. (2015). *Políticas Trans. Una antología de textos desde los estudios trans norteamericanos*. Barcelona. Egales.
- Kapuscinsky, R. (2002). *Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo*. Barcelona. Anagrama.
- Preciado, B. (2008). *Testo Yonqui: Sexo, drogas y biopolítica*. Barcelona. Espasa.
- Preciado, B. (2002). *Manifiesto contra sexual*. Madrid. Opera Prima.

Gayle, R. (1986). *El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo*. Revista Nueva Antropología., 30, 95 - 145.

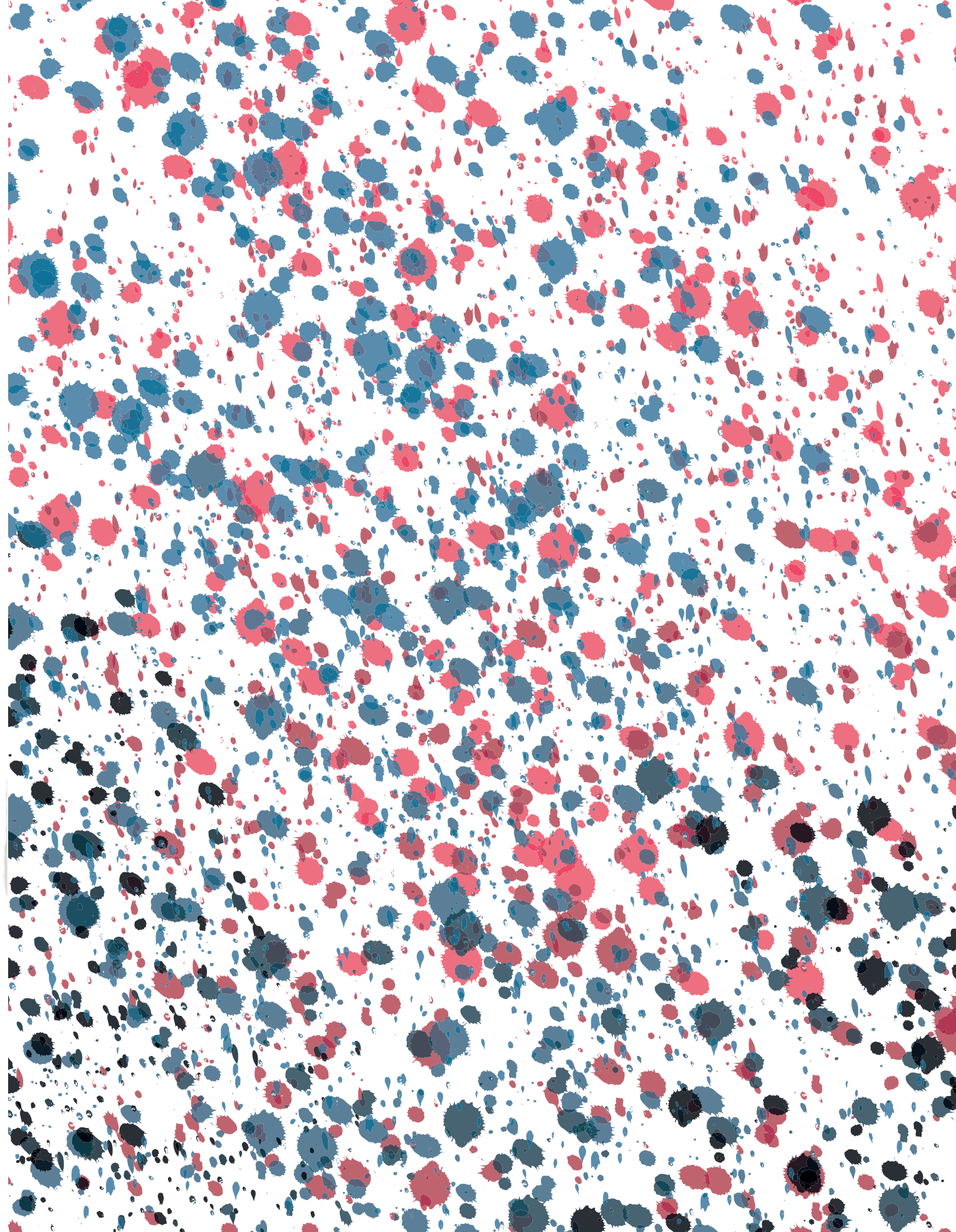
Sabsay, L. *Judith Butler para principiantes*. Página 12 [en línea]. 8 de mayo de 2009. [fecha consulta: 5 de abril de 2016]. Disponible en:
<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-742-2009-05-09.html>

Sierra, A. (2009). *Una aproximación sobre la teoría queer: El debate sobre la libertad de la ciudadanía*. Cuadernos del Ateneo, 26, 29 - 42.

Viñuales, O. (2001). *Lesbofobia*. Barcelona. Egales.

Wittig, M. (2005). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona Egales.





La excepción que confirma la regla.
subvierte

09 - Editorial

10 - La trampa del narrador dios. La desaparición de la transexualidad en los libros de historia

16 - The charmed circle. Si se acepta le exclusión es por qué no cuestiona

18 - La impostora la patética y la trampa de la dignidad

24 - Lo que no nos contaron. Apuntes básicos sobre el género (Entrevista Gerard Coll-Planas)

32 - Repita conmigo: “No lo contarás”

38 - Cómo acabar con la revolución: una historia sobre la patologización trans

42 - Nuevo modelo de atención trans: un paso hacia la despatologización (entrevista con Jordi Grau)

46 - Llegar tan hondo que el otro se incomode y se quiera ir

52 - Gender-Mirror (fotografía Leo Müller)

58 - Effy, arte y performance queer

62 - SER/ESCUPIR/EXISTIR

68 - Diccionario. La política de los nombres

En una realidad por naturaleza caótica, el ser humano necesita dar con una verdad. Quizás por eso nada asegure tanto el éxito comercial de un libro o una película como un *twist ending* inesperado, valga la redundancia. Ya saben, ese tipo de revelación que provoca un giro total de los acontecimientos, el momento en que la venda cae de los ojos y nos encontramos naufragando entre dos realidades: la que creíamos que estaba ocurriendo, y la que ocurría realmente. Ahora así a bote pronto me viene a la cabeza *Shutter Island* (spoiler alert: si no la han visto sáltese la siguiente oración) cuando se descubre que Teddy Daniels (aunque seguramente lo recordaran como Leonardo Di Caprio), lejos de estar en aquella isla-manicomio en calidad de agente judicial, resulta ser uno de los pacientes del centro, un pobre hombre que ha perdido la cabeza.

Fuera del campo de la ficción los *twist endings* son más comunes de lo cabría esperar, claro que nunca se presentan con la grandilocuencia y el dramatismo que ofrece la vasta tierra de lo inventado. Su frecuencia se debe al efecto de dos mecanismos con los que el ser humano ha venido sobrellevando la complejidad del mundo; la simplificación y el etiquetaje. En una realidad potencialmente infinita hemos necesitado del simplificar para conseguir abarcar la inmensidad que nos conforma, y del etiquetar y catalogar para decidir qué partido tomar, que posición ocupar. En este ejercicio chapoteamos en la superficie del mar, ciegos a lo que nada más allá de nuestros pies, en las sinuosas e inquietantes profundidades. Claro que los mecanismos no son más que intentos a la desesperada por construir certezas, ya saben, *verdades*. Así, entendemos el mundo tal y como nos lo han explicado hasta que, si tenemos suerte, lo presenciamos: un *twist ending*, una revelación-revolución que resquebraja los cimientos sobre los que nos hemos construido.

En nuestro mundo, hombre y mujer son la base de todas las cosas. Nuestro sistema social, nuestro lenguaje, nuestra administración pública, nuestro sistema legal y jurídico, no prevén otra posibilidad de identidad fuera del binarismo. O vives como uno o como otro. En este sentido lo trans podría ser algo así como un *twist ending*, la prueba con el potencial de hacernos cuestionar la veracidad de la realidad en la que vivimos. La idea que impera en nuestro imaginario colectivo (que aún y sus mil expresiones* se reduce a la identidad transexual) es la metáfora del cuerpo equivocado. Mujeres que se sienten atrapadas en un cuerpo masculino y hombres presos de una anatomía femenina. De esta forma sería razonable pensar que se trata de un error terrible al nacer, una equivocación que les enfundó en el traje incorrecto. Una idea tan dulzona como anestésica.

Al buscar la explicación en la biología, o mejor dicho en un fallo en esta, perdemos la posibilidad de cuestionar las dos grandes verdades sobre las que nos alzamos. De nuevo y de puntillas, la sociedad sale impune. En palabras de la historiadora Patricia Soley-Beltran, al tacharlos de abyectos se construye un sistema de coerción para que los miembros de la sociedad se mantengan dentro de las identidades aceptables, que según nuestro DNI son M o H. Es precisamente a través de la estigmatización, la marginación, la patologización y la invisibilización de lo trans, que se refuerza la idea de normalidad en materia de género.

Los textos que componen esta publicación analizan, retratan y explican algunas de las muchas formas en que se vive lo trans. No todas, pues decidí centrarme únicamente en aquellas que, a mi parecer, cuestionan la dictadura del género. El objetivo era conseguir un producto periodístico transversal que aportara tanto información para comprender el estado de la cuestión como para formular preguntas sobre el modo en que miramos al mundo, e irremediablemente a nosotros mismos.

A todo esto, y antes de nada, un último apunte. Soy una persona cis escribiendo sobre lo trans. Nada de esto lo he vivido, no al menos en mi propia piel. Hablo desde fuera y gracias a lo que me han dejado ver. Y sin embargo, durante este tiempo, he sentido que la historia también hablaba de mí. Apropiándome de las palabras del sociólogo y activista trans Miquel Missé: *preferiría vivir buscándome, sin tener que encasillarme, haciéndome preguntas, vivir dudando sin tener que llegar a ninguna meta, sin punto final en mi recorrido*. Ahora pienso que el ser humano se confundió de copulativo; vive convencido de ser, cuando lo más seguro es que esté. Si siempre en camino nunca llegamos a un destino, transitar es lo más parecido a estar vivo.

* Véase el diccionario en las últimas páginas.

LA TRAMPA DEL NARRADOR Dios LA DESAPARICIÓN DE LA *TRANSEXUALIDAD* DE LOS LIBROS DE HISTORIA

Todas las historias necesitan de un narrador para ser contadas, de ahí el vínculo de confianza que automáticamente se establece entre el mismo y el lector. Sucede, sin embargo, que existe un narrador con afanes de Dios, omnisciente y omnipresente, testigo de lo que realmente ocurrió. Dicho narrador se esconde en la tercera persona, negando su propia existencia para situar su versión en el horizonte inalcanzable de la objetividad. Su relato pero, resulta ser una de las mayores mentiras jamás contadas. Hablamos, cómo no, de la historia de la humanidad.

Ya desde el principio de las cosas una voz se apoderó del relato de nuestros días. Occidente se autoproclamó descubridor del mundo durante la época colonial, y desde ese momento se peca de la santa manía de considerar al mundo civilizado tan viejo como su historia. El capricho se debe en gran parte a la moral puritana de la tradición cristiana, la cual tachaba de obsceno, pecado y pagano cualquier persona o acto que difiriera de sus estrechas miras. En este saber hacer, el mundo occidental asoló y sometió a civilizaciones que les precedieron en miles de años.

Un ejemplo paradigmático de dicho borrado es el originariamente denominado tercer sexo, traducido toscamente en la cultura occidental como transsexual o transgénero. Presentes en muchas culturas a través de individuos de un sexo que por distintas razones se sometían a las normas del opuesto o a unas propias, estos quedaron vetados por el traspaso de leyes de la metrópolis a las colonias. Pasados los siglos y coincidiendo con la llegada de la modernidad, las mismas identidades ganaron visibilidad de forma cada vez más prolífera en tierra europea. Por lo que de nuevo, y con más saña, la sociedad occidental se embarcó en la empresa de corregir a aquellos que no hablaban, no vestían y no follaban como querían sus padres.

La obcecación de los colonos

Una de las manifestaciones más antiguas de transexualidad masculina (de hombre a mujer), además legitimada, es la de los hijra en la milenaria cultura hindú presente en la India. Tradicionalmente esta identidad abría espacios y facultaba a los hombres no identificados con su género a desempeñar un papel integrado y relevante dentro de la sociedad que es la rígida jerarquía de castas hindú. Como seres asexuados (teóricamente eunucos a través del *Nirwaan*, un procedimiento donde se les extirpa pene, escroto, y testículos) los hijra renuncian a su sexualidad a cambio de poder generar fecundidad en los demás. Hablamos en teoría de un asceta, per sona que a través de la renuncia de los bienes materiales, incluso físicos, se dedica a la espiritualidad.

En esta condición los hijra eran invitados indispensables en las bodas, donde tenía el papel de bendecir a los recién casados con una futura y abundante descendencia.

La fortuna de la comunidad cambió de rumbo por primera vez con la llegada del imperio británico. Con el establecimiento de la colonia y el consiguiente traspaso de leyes de la metrópolis, todos los eunucos fueron tachados de criminales. A partir de ese momento los hijra fueron condenados a un ostracismo del que no serían liberados hasta el 16 de abril de 2014, cuando la Corte Suprema de la India legalizó oficialmente un tercer género.

La decisión seguía una línea ya tomada por los gobiernos de Nepal, Pakistán y Bangladesh, y en la práctica suponía un número reservado de puestos de trabajo y plazas de universidad para la comunidad. A pesar de la buena acogida que tuvo la ley, grupos activistas indios denunciaron su falta de adecuación a la realidad, en la que no toda la gente transgénero se siente identificada con el tercer sexo, y a cambio prefiere ser clasificada simple y llanamente como lo que se siente: hombre o mujer. Más allá de esta nueva lucha, si algo prueba la ley del tercer sexo es el calado de las raíces que ligan la comunidad hijra a una sociedad profundamente tradicionalista, tanto que, aún a día de hoy, considera la homosexualidad un delito.

La vieja tradición europea de arrasar con todo lo que difiera de su particular modo de concebir al cosmos, como es bien sabido, llegó hasta los confines de la tierra – léase en el siglo XVII como América –. En este caso fueron los colonos ingleses y franceses los que, en su santa misión por civilizar al mundo, persiguieron las recientemente rebautizadas personas *two-spirit*.

Aunque en un primer momento aparecieron en los libros de historia bajo el designio de *berdaches* – nombre que les fue asignado por los primeros colonos franceses y heredado del persa *bardaj* (amigo íntimo masculino) – recientemente se les ha librado del desdén de los europeos acuñando un nombre que expresa con más precisión su esencia. Los *two-spirit* solo pueden ser entendidos desde la visión indio nativa americana, según la cual, todo lo tangible procede del mundo de los espíritus. Siguiendo esta línea de razonamiento, los seres transgénero u andróginos serían percibidos como personas doblemente bendecidas, al encerrar en su cuerpo físico ambos espíritus; el de un hombre y el de una mujer. En la América precolonial, las personas *two-spirit* a menudo jugaban papeles destacados en las comunidades, ya fuera como líderes religiosos, maestros o sabios.

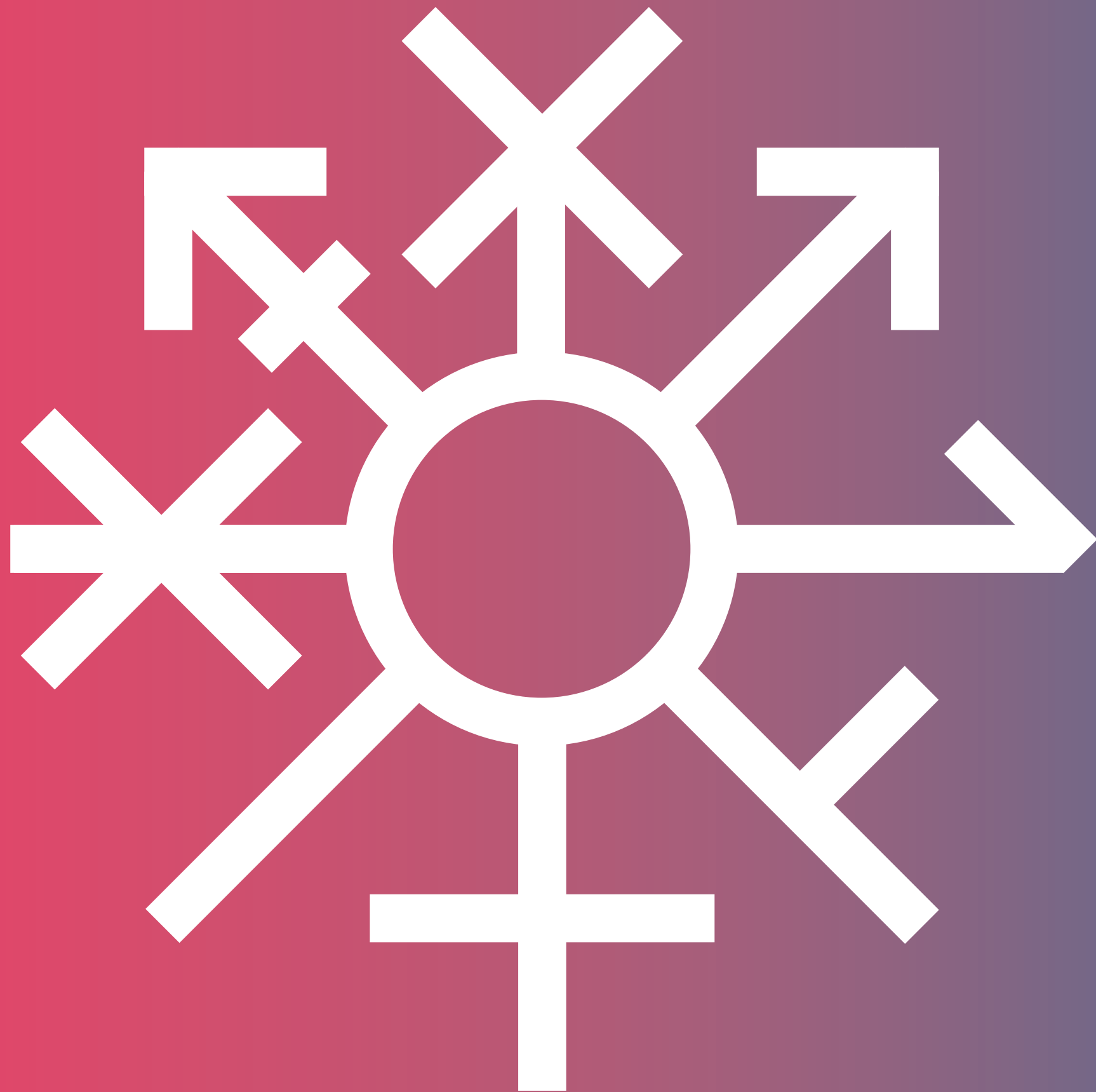
A la otra punta del globo, Mahu es un término hawaiano que describe a un hombre que escoge vivir como una mujer en la vetusta y premisionaria cultura de los Maorí. Tal decisión se tomaba a una edad temprana para ser acompañados por la familia y la comunidad durante el proceso de metamorfosis. En la sociedad precolonial, dichos individuos eran respetados y considerados importantes miembros en la comunidad y a menudo ocupaban tareas como las de sanador, cuidador o maestro además de transmitir conocimientos ancestrales y tradiciones sagradas de generación en generación, ya fuera a través del hula, de los cantos u otras formas de sabiduría. La misma amenaza colonial se cernió sobre las sociedades maoríes con la llegada de los primeros barcos misioneros. Los colonos acusaron al hula de inmoral, ilegalizaron la lengua nativa e impusieron su fe y religión. Si bien no existían prejuicios que mancillaran el honor y respeto inclinado hacia los mahu, esto cambió con la llegada de los emisarios de la Europa cristiana.

El cambio efímero

En otra clasificación distinta debemos considerar a los jóvenes intérpretes onnagata del teatro kabuki, exponentes de un efímero y puntual transgénero. Temporales e indispensables eran las transformaciones de los jóvenes actores en el teatro cuando, en 1630, debido a un edicto del shogunato Tokugawa (el último gobierno militar japonés que precedió a la Restauración de Meiji) el acceso de las mujeres a los escenarios quedó restringido en pro de garantizar el orden público. La medida fue aplicada con el objetivo de erradicar un negocio de mecenazgo y prostitución que venía alimentando las relaciones entre las jóvenes actrices y los adinerados patrones así como las llamas y la competencia en la disputa por sus tersas carnes. Pero como suele suceder cuando en materia de instintos entramos, el resultado no fue el esperado. Prohibidas las mujeres, ahora eran los jóvenes varones travestidos para interpretar los huérfanos papeles femeninos los que eran disputados por los señores de monóculo y chistera.

Esta trans-homosexualidad no era nada nuevo, de hecho se sumaba a una larga tradición procedente de los primeros tiempos de la expansión del budismo – concretamente de las prácticas y enseñanzas del monje Kukai – en las islas niponas. Existen varias fabulas que explican este tipo de relaciones de patronazgo basadas en intercambios homosexuales que incluyen el travestismo. No solo circuncritas en los monasterios, también entre los guerreros – los instruidos samuráis y sus jóvenes pupilos – se reproducían ese tipo de relaciones homoeróticas frecuentemente ocultando la virilidad del objeto de deseo con kimonos de seda.

Estos son solo unos pocos ejemplos, quizás los más conocidos, de expresiones de género no normativas fuera del mundo occidental. En nuestra parte del mundo, las representaciones trans no llegaron hasta la entrada de la época industrial y la consecuente introducción del tiempo de ocio. Cuando, por vez primera, los individuos gozaron de tiempo libre, un espacio que permitió la expresión de un impulso manifestado a lo largo de toda la historia de la humanidad, el de luchar contra las barreras de lo impuesto, en este caso, del género.



The charmed circle.
Si se acepta le exclusión es por qué no cuestiona.

Seguro que no saben de lo que les hablo si les pregunto por el sexo vainilla. Tampoco vayan a sonrojarse, pueden hacer sus propias teorías. Mi apuesta (yo tampoco lo sabía) fue sexo “blanco”, entendido como la idea profundamente racista del que solo involucra a personas de piel pálida. Lo cierto es que sexo vainilla es seguramente lo que usted califica de normal. Claro que normal siempre ha sido una palabra maldita, por aquello de imponer cánones y discriminar. Quizás la forma más fácil para definirlo es identificando sus límites, explicar aquello que no es. De este modo, vainilla son aquellas relaciones sexuales que no incluyen prácticas BDSM.

El concepto forma parte de las exclusiones que conforman el *charmed circle*, la explicación ilustrada de la jerarquía del sexo de la teórica feminista Gayle Rubin. En el centro encontramos los elementos que definen una sexualidad lícita, y en el aro que circunda sus límites, las “prácticas juzgables”. Rubin defendía que, en sociedad, las expresiones “excluidas” de la sexualidad podían ser aceptadas siempre que se contrarrestaran con las del círculo interior. Así lo ejemplifica la homosexualidad. Esta empezó a ganar reconocimiento y aceptación a raíz de una ruptura que se produjo dentro de la comunidad, cuando un sector homosexual se posicionó como defensor de un status quo relativamente conservador en lo que concierne al estilo de vida. Al final quedó integrado dentro de las estructuras de la sociedad capitalista, convertido en la nueva comidilla de un imperante modelo consumista ahora envuelto en rosa. Su mayor lucha era la consecución del derecho al matrimonio. ¿Cómo no iban a ser integrados si su sueño era casarse?

Algo así sucede con la transexualidad. Y el documental que se emitió el pasado 12 de marzo de 2016 en el programa *30 minuts* de TV3 es un claro ejemplo. En nuestra sociedad actual la transexualidad estaría situada en los márgenes, y en el cuento de hadas apto para todos los públicos que se quería mostrar, solo tenía cabida una, la más normativizada. Cuando hablamos de transexualidad ineludiblemente hablamos de género, de que es ser hombre y que es ser mujer. Pero extrañamente, el concepto apenas se toca más que para confirmar lo que ya sabíamos; estereotipos. Por muy revolucionario que parezca que un niño biológico se proclame como niña, lo cierto es que su discurso acaba reforzando el monopolio del género. Así, nos quedamos con la impresión de que ser hombre o mujer depende de una esencia interior, una verdad interna. – Si oyen algo es a Simone de Beauvoir retorciéndose en su tumba –. Por si no se acuerdan, aquí su frase mil veces repetida: mujer se hace, no se nace. Aunque el discurso hegemónico sobre el tema, esta vez reforzado desde la propia televisión pública, nos quiera convencer de lo contrario.



**La impostora, la patética
y la trampa de la dignidad.**

*La cobertura
mediática
de lo trans.*



Si quieren hacer fortuna en el mundo de la comunicación memoricen la fórmula del éxito: lo que mueve al espectador es el dolor del drama, el regodeo del morbo y el sucedáneo de excitación que despierta la miseria ajena. La lagrimilla fácil vende la historia y la consecuente victimización, si bien favorece la integración, siempre corre a cuenta de la capacidad de agencia. Estados Unidos, donde vienen siendo expertos en la explotación de la fórmula desde el momento en que ellos mismos la inventaron, dieron de nuevo con una auténtica mina de oro, y no cualquier oro. Bruce Jenner, ex medallista olímpico, la mismísima representación del arquetipo viril y el *self-made man* que en sus años de hijo de américa encarnó el feroz capitalismo meritocrático - quizás más conocido como el ex patriarca del clan Kardashian - concedía la última entrevista como Bruce para hablar por primera vez de Caitlyn. En riguroso prime time, Jenner se sentaba ante la glotona mirada de 16 millones de telespectadores durante un programa especial emitido por la ABC. Desde entonces y como sucede cada vez que el hijo de una celebridad padece una rara enfermedad, el tema ha ganado una peligrosa, en tanto que poderosa, visibilidad. Caitlyn Jenner, se ha erigido como la voz del colectivo transgénero y desde su posición privilegiada – aunque con una estrategia absurdamente cuestionable, de la que solo diremos que votará a Trump – lucha por los derechos de igualdad olvidándose, como no y de nuevo, de cuestionar realmente a la sociedad.

Con su reciente conquistada dignidad, el tema trans se presenta con el poder de hacer temblar los cimientos de una sociedad organizada entorno al género. Pero contrariamente a lo que cabría pensar, su representación en los medios de comunicación acaba por reafirmar los estereotipos en lugar de desafiarlos. Antes de cuestionar los éxitos labrados demos un salto al más inmediato pasado, donde lo trans, como cualquier otra identidad que se desviara de la norma, ha ocupado históricamente el espacio reservado a lo freak.

Julia Serrano, escritora, activista y performer, desenmascaró en su artículo *Cazadores de Faldas* la trampa de la cobertura mediática que se obceca en representar la revolución trans con pintalabios y tacones. El artículo, que fue publicado en 2005 en la revista Bitch magazine y que ahora ha sido traducido al español en el libro *Políticas Trans*, da cuenta de la fascinación casi fetichista con que la industria ha tratado el tema, construyendo y reduciendo el universo transexual a dos arquetipos: el de la mujer trans “impostora” y el de la “patética”. Presentes en todas las pantallas, desde la de la caja tonta del comedor a la de la vasta extensión de la pared del cine, los personajes (reales o ficticios) si bien comparten su anhelo por lograr una apariencia femenina, difieren en su capacidad para conseguirla.



Las “impostoras” son aquellas que inequívocamente parecen mujeres. Al no advertir en ellas rastro alguno de masculinidad suelen servir para inesperados giros de la trama, o para jugar el papel de depravadas sexuales que engañan a inocentes hombres heterosexuales con el “perverso y malévolo plan” de que se enamoren de un “hombre”. Serrano pone por ejemplo el personaje de Dil en la película *Juego de lágrimas* (1992), en la que la identidad trans es escondida hasta la mitad de la película. Esta, finalmente es revelada en una escena de amor entre ella y Fergus, el protagonista masculino al que ha estado cortejando. Cuando Dil se desnuda, la audiencia, junto con Fergus, descubre que es físicamente un hombre, ante lo que el protagonista responde propinándole una bofetada y saliendo despavorido a vomitar al baño.

En la película infantil *Ace Ventura un detective diferente* (1994) se repite una escena similar cuando se descubre el secreto. En este caso la transexual impostora interpreta el papel de la villana, la cual esconde su identidad masculina para librarse de un crimen del que es culpable haciéndose pasar por Lois Enhorn, teniente de policía que investiga su propio caso. Ventura, interpretado por Jim Carrey, lo acaba resolviendo cuando, en la escena final, este deja en ropa interior a Enhorn delante de unos veinte agentes de policía y clama “¡Ella sufre del peor caso de hemorroides que nunca he visto!”. A continuación le da la vuelta para revelar el pene y los testículos que esconde entre sus piernas, ante lo que los policías responden escupiendo y provocándose arcadas.

Las “impostoras” son utilizadas como peones para provocar la homofobia masculina en otros personajes – valga bofetada y meterse los dedos para vomitar como signos irrefutables de asco – así como en la propia audiencia. No solo el protagonista ha sido engañado, el secreto ha sido ocultado también al espectador, quien percibe la traición como una acción premeditada. Así, el pase de las impostoras supone una grave amenaza para nuestras ideas acerca del género y la sexualidad. Ante el giro dramático de acontecimientos y el consecuente desbarajuste de esquemas mentales se responde con transfobia (“¡es una estafadora, realmente era un hombre!”) y homofobia (“si hubiese sabido que era un hombre no le habría gustado”).

En el extremo opuesto encontramos a las transexuales patéticas, aquellos intentos burdos de mujeres toscas y anchas que apenas se asemejan al ideal que se esfuerzan en representar y que se consideran, generalmente, inofensivas. A pesar de los gestos masculinos y la sombra de la barba, la transexual “patética” insiste forzosamente en que es una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre. Y es precisamente la fuerte contradicción entre el sentirse mujer y la evidencia física de no serlo, lo que provoca su patetismo. Son ejemplos la interpreta-

ción nominada al Óscar del ex jugador de fútbol americano, Roberta Muldoon, en la película de 1982 *El mundo según Garp* de John Lithgow, y el papel de Terence Stamp como Bernadette, una madura showgirl, en la película de 1994, *Las aventuras de Priscilla, reina del desierto*. Contrariamente a lo que podrían alegar los más crédulos, la coexistencia en estos personajes de una parte marcadamente masculina y otra femenina no es aprovechada para derrocar al imperio del género, sino para demostrar que, por mucho que se desee y anhele, si uno nació hombre nunca podrá llegar a ser mujer.

Hoy en día, estos arquetipos, quizás aún vigentes en el permisivo terreno del humor, han sido progresivamente sustituidos por representaciones más dignas, muy dadas a tocar la fibra sensibilera del espectador, siempre en pos, eso sí, de la aceptación de lo diferente (léase aquí lo no-normal) reconociendo su humanidad. En los últimos años el tema transexual ha ganado visibilidad en nuestras pantallas. Laverne Cox, actriz trans en el papel de presidiaria transexual – por muy obvio que parezca, los papeles trans, cuando los ha habido, siempre han sido adjudicados a personas cis - fue nominada en el año 2015 a un Emmy por su interpretación en la serie *Orange Is The New Black*. La propia Caitlyn Jenner ha estrenado la segunda temporada de su reality show *I am Cait* y en la edición de este año de los Óscars, *La chica danesa*, la última y quizás mayor producción cinematográfica que tenga como hilo conductor el tema trans, ganó una estatuilla de las cuatro a las que estaba nominada.

Más allá de la recién conquistada dignidad, todas las representaciones de mujeres trans, sean actuales o pasadas, aparecen ineludiblemente ligadas a la apariencia y la expresión de género femenino estereotipado. La feminidad de Lili Elbe, por ejemplo, es construida a través de la sensación que le invade cuando acaricia la seda de los vestidos con los que posa para su esposa Gerda, en el movimiento de manos y los gestos amanerados que buscan imitar a las mujeres que observa detalladamente. Ser mujer pues, parece limitarse a la delicadeza de la pose y la suavidad de los vestidos, reducción no exenta de malicia. Centrar los motivos para transitar en la mera apariencia, en el arte de empolvase la nariz y vestir grácilmente faldas de vuelo, no solo encorseta las identidades femeninas de las mujeres trans, sino que además alimenta una visión basada en la superficialidad de la mujer que las constriñe a todas.

En la otra pantalla, la que refleja la realidad, el tema trans ha sido abordado repetidamente a través del género documental, y es precisamente a este al que le debemos los grandes hits de su representación mediática. Los periodistas, esos *mudcrackers* ansiosos de historias, no suelen saciarse con la sim-

ple imagen de la trans vestida y maquillada como mujer, sino que se empeñan en capturar el arte del proceso de feminización. Y precisamente en su quirúrgica disección del pintarse y calzarse unos tacones, la feminidad de la mujer trans acaba por parecer más bien un disfraz. Esta idea de hecho encierra un gran potencial que raramente es utilizado, el de evidenciar que las formas en que se define la feminidad son puramente artificiales. Pero claro, tampoco hemos venido aquí a salvar al mundo, así que cuando el público ve imágenes de mujeres trans maquillándose y vistiéndose, simplemente están siendo testigos de la obsesión de los productores de televisión, cine y noticias con todos los objetos comúnmente asociados a la sexualidad femenina. Al fin y al cabo no parece osado decir que, la feminización de las mujeres trans, es un subproducto de la sexualización de todas las mujeres.

Y a todo esto ¿qué pasa con los hombres trans? ¿Los han visto ustedes en la televisión? ¿Es que acaso existen? Lo cierto es que a día de hoy hay un número equivalente de personas transitando en ambas direcciones, pero la (no) cobertura de los medios puede llevarnos a pensar que existe una gran disparidad entre la población de hombres y mujeres trans. En opinión de Serrano, los medios de comunicación tienden a ignorarlos completamente porque en nuestra sociedad el hombre se define según la forma en que se comporta y no según cómo se presenta a sí mismo. Así, retratar su construcción con el mismo sensacionalismo con el que se aborda a las mujeres trans, supondría poner en duda a la masculinidad – tema delicado si quiere conservar su supremacía en el sistema -. El autor y educador sexual Pat Califia, que por cierto, es un hombre trans – si, existen –, aborda esta cuestión en su libro *Sex Changes: The Politics of Transgenderism*, argumentando que, mientras la idea de un hombre que quiere ser mujer nos parece escandalosa, la idea de una mujer que busca pasar a hombre se da por sentado debido a la diferencia de privilegios que jerarquizan a uno y a otro.

Cuando Caitlyn Jenner se presentó al mundo en un despampanante corpiño de satén en la esperada portada del *Vanity Fair*, el mundo entero celebró su valentía. Maravillados ante el espectáculo de luces, drama y glamour que nadie como la familia Kardashian sabe organizar, pasó por alto uno de los mensajes que de todo aquello se desprendía; aunque seas el hombre más rico del planeta y tu familia sea el escándalo en persona, si quieres vestir vestidos tienes que tener dos pechos y una vagina. El género es el más hermético de todas las cárceles, tanto que si quieres escapar de uno acabarás irremediablemente encerrado en el otro. Jenner, de momento, allí sigue, con la segunda temporada del show que es intentar defender a Trump siendo una mujer transexual.

Entrevista: **Gerard Coll-Planas**

*Lo que no nos
contaron.
Apuntes básicos
sobre el género.*

Cuando el doctor en sociología Gerard Coll-Planas recibió la honrosa oferta de dirigir el *Centre d'Estudis Interdisciplinaris de la Dona*, no pudo sino considerar la idoneidad de su nombramiento al pensar en la paradoja, tantas veces repetida en la historia, de hablar de los problemas del vecino desde la comodidad del despacho de tu propia casa. Al fin y al cabo y como dijo Simone de Beauvoir “el problema de la mujer siempre ha sido un problema de hombres”.

En su historia más reciente pero, el *Centre d'Estudis Interdisciplinaris de la Dona*, que durante 16 años existió con el singular en su nombre, decidió ampliar horizontes y abarcar más terreno partiendo del género como la matriz donde se construye y limita a todos los sujetos; tanto el hombre como la mujer como cualquier otra identidad. Así fue como Coll-Planas acabó presidiendo el *Centre d'Estudis Interdisciplinaris de la Dona* durante dos meses, y el *Centre d'Estudis Interdisciplinaris de Gènere* los últimos dos años.

Desde entonces el centro se dedica a repensar el mundo en términos de género, promover la investigación, la difusión y publicación de trabajos y estudios, contribuir a la visibilidad de la investigación, pero sobre todo, y precisamente en un entorno académico competitivo e individualista como el nuestro, articular una serie de espacios donde sentarse a debatir, colaborar y valorar más los procesos que los resultados. Al fin y al cabo, no se trata tanto de lo que uno hace sino de cómo lo hace.



Antes incluso de llegar al mundo ya hemos sido clasificados. En la ecografía, el médico busca nuestros genitales para dar la noticia que nos marcará a lo largo de toda nuestra vida: ser hombre o mujer. ¿Qué idea prima en nuestra sociedad sobre el género?

Es complicado de responder. Yo diría que en general el discurso dominante es biologista y esencialista. Este parte de la idea de que hombres y mujeres somos diferentes por naturaleza y que esto no se puede cambiar. Se puede matizar, pero al final un hombre es un hombre y una mujer es una mujer. Es un discurso reforzado por la ciencia que lo puedes encontrar incluso en espacios a priori progres y abiertos. Se ha visto en el caso del documental del *30 minuts*, que con este planteamiento de base (la idea que tenemos cerebros masculinos y femeninos, etc) a muchísima gente, en teoría progre, no le ha chirriado.

Contraria a la concepción esencialista biologista del género que, como has dicho, prima en nuestra sociedad, encontramos la visión constructivista, que concibe las categorías hombre/mujer como un pro-ducto social. ¿Qué defiende esta postura?

Que el género no es innato, no está biológicamente determinado, sino que es fruto de prácticas sociales. Este proceso de identificación personal tiene un periodo fundamental en la primera infancia, hasta los 3 años ponemos, en que la persona, a partir de los referentes cercanos y de forma inconsciente, va generando sus identificaciones y se va posicionando. Por lo tanto, ni padres, ni madres, ni medios de comunicación, ni nadie impone. El género no es como una fábrica, sino que el sujeto puede tomar como referente, en negativo o positivo, combinaciones de lo que ve, y a partir de aquí desarrollar su personalidad. Todo es-to, pero, sucede en un marco donde hay constreñimiento, porque se refuerzan unas determinadas cosas en función de tu sexo y se penalizan otras.

Te posicionas en esta segunda visión.

Sí, mi visión sería más bien la segunda, entendiendo que, como todo en la vida, hace falta complejidad y hacen falta matices. Es decir, entiendo que desde el feminismo haya reticencias para abordar la problemática desde la perspectiva del género por miedo a que se desdibuje lo que se ha conseguido hasta ahora a nivel institucional y de reivindicaciones, y quizás tienen razón porque cuesta mucho trabajar de una forma mixta sin que se acabe imponiendo, muchas veces, la voz o las prioridades masculinas. Aun así creo que debemos entender todas las luchas (LGTBifobia, violencia machista, etc) desde un mismo marco, y que cuando se hagan intervenciones sea desde un mismo marco de políticas de género.

Como has dicho, la perspectiva esencialista se basa en la biología, en que existen únicamente dos cuer-pos: el masculino y el femenino. Hay pero, otros discursos y miradas a la biología que ponen en duda esta dicotomía. Por ejemplo la de la bióloga Anna Fausto-Sterling que considera que el sexo es más bien un continuo y no dos categorías exclusivas y excluyentes. ¿Por qué en nuestra sociedad sólo se nos forma en la primera?

Porque socialmente interesa. Permite estructurar a nivel social un conjunto de relaciones, una división sexual del trabajo, una relación de privilegios y de desigualdades, etc. Por lo tanto hay un interés por parte de las personas privilegiadas en este marco de mantener esta estructura. María Jesús Izquierdo, que tiene mucho más conocimiento y especialización en estas dimensiones, plantea pero, que esta estructuración está perdiendo vigencia porque ya no tiene tanto peso a la hora de organizar la sociedad. Vivimos en una sociedad individualista donde quizás la distribución de poderes y privilegios ya no pasa tanto por este eje. A día de hoy hay muchos indicadores que dicen que no vamos hacia un mundo más sexista, el nivel es muy elevado, eso sí, pero no vamos hacia más. ¿Cómo lo tenemos que entender? Podemos hacer la lectura de que únicamente ha sido el movimiento feminista el que lo ha generado, pero también podemos tomar una perspectiva más económico-estructural que diga: bueno, quizás se están reconfigurando las sociedades neoliberales, y los circuitos de poder, privilegio, curas, etc pasan por otros campos que son más útiles para el mantenimiento del sistema.

Dentro de cada categoría (hombre y mujer) hay un gran abanico de posibilidades. No estamos en los 50 vaya. Lo que no ha cambiado pero es el espacio inhabitable que mantiene claramente separados un grupo y otro, que no admite confusión. ¿A través de qué mecanismos se mantiene esta diferencia?

Desde mi punto de vista no nos tenemos que imaginar que hay unos hombres poderosos, ricos, con traje, que se reúnen para ver cómo van reproduciendo el sexismo y el patriarcado. Sino que es un proceso mucho más complejo en que nosotros, con nuestras prácticas diarias, también vamos reproduciendo estos significados. Es un proceso que va de arriba a abajo y que tiene que ver con cómo miramos a la amiga que es demasiado atrevida sexualmente, o cómo miramos al cuñado que deja de trabajar cuando tiene hijos y la mujer continúa trabajando, o cómo nosotros mismos reproducimos estos estereotipos aunque tengamos una conciencia crítica, por ejemplo a través de la vestimenta, la elección de trabajos, estudios, hablar o no en clase, etc.

La pregunta es: ¿cómo podemos luchar contra un sistema tan arraigado?

Se trata de un tema de género y, por lo tanto, te lo tomas en serio o estas reproduciendo todo un sistema. Se trata de combinar la visión macro, de grandes sistemas, leyes, etc con la visión micro. Debemos tener las dos dimensiones en mente porque, si solo vemos la parte individual, se tiende hacia una posición omnipotente de: en el fondo, si yo quiero, lo cambio todo. Eso no es posible en un marco donde existen unas estructuras, unos significados culturales, cosas que nos limitan. Por otro lado, si sólo miramos la parte macro también olvidamos nuestra responsabilidad en relación al mantenimiento de esta situación, porque, al final, el sexismo somos nosotros actuando de forma sexista.

Extrapolándolo al mundo trans, que si bien es muy heterogéneo en discursos y demandas, la idea que en general se tiene es la de una persona que pasa de A a B. En el caso de un cambio polarizado ¿estas identidades ayudan a cuestionar los esquemas o más bien los reproducen?

En general yo creo que no hay nada puramente conservador o subversivo, depende del contexto, de la mirada, y muchas veces se combinan los dos elementos. Ser transexual puede terminar reforzando las normas de género, por ejemplo en el caso de alguien que no puede aceptar ser una mujer masculina y acaba defendiendo que en el fondo es un hombre. Entonces hay gente que puede vivir la transexualidad de una forma más subversiva, planteándose qué quiere cambiar o qué no quiere reproducir. Creo que es muy importante no reproducir la idea de que hay personas subversivas y personas conservadoras, porque al final cada uno lo que intenta es estar a gusto con su cuerpo y vivir de una forma digna, sintiendo que sus sentimientos son reconocidos. En definitiva yo creo que la transexualidad, por defecto, no es subversiva. Depende de cómo se viva y de cómo se mire.

¿Qué interés se esconde tras la asimilación patologizante de la transexualidad?

Yo creo que aquí hay un interés a dos niveles. Por un lado a nivel social esto desactiva el potencial transgresor, transformador, que tendría la transexualidad. A nivel individual este interés pasa por la necesidad de encajar: en un entorno profundamente sexista estar fuera de las dos categorías es muy doloroso. Por lo tanto responde a la necesidad de las personas de reubicarse en este marco. Es por eso que un marco más abierto, donde existieran más formas de hacer, de ser y de desear reconocidas, seguramente supondría que menos gente sufriera por el hecho de estar fuera de estas categorías, y que consecuentemente no sintiera la necesidad y urgencia de intervenir.



En el libro “La Voluntad y el Deseo” identificas dos vías por las cuales el colectivo LGTBI lucha por sus derechos, las posiciones de normalización y transformación, que parten respectivamente de pos posiciones antagónicas: la victimista y la voluntarista omnipotente. ¿En qué se diferencian?

Desde la posición de normalización se busca ser integrado dentro de las normas, muchas veces apelando al sufrimiento. Este discurso genera una posición poco empoderada, porque en vez de reconocer las riquezas que puede aportar tu posición reafirma los valores dominantes y quiere seguirlos. Por otro lado encontramos la posición de transformación, donde sí se produce una crítica al orden establecido que a veces coexiste con la dificultad de reconocer el sufrimiento que genera estar excluido, de aceptar la necesidad que tenemos, como seres sociales, de reconocimiento de los otros. A veces esta posición pero, acaba generando arrogancia: nosotros somos los críticos que vemos la realidad, y entonces hay otros pobres que están bailando en la discoteca o que están determinados por unos modelos corporales, o formas de relación, que son los alienados del sistema.

Estas posiciones, tanto la del victimista como la del omnipotente, se configuran en pro de un mismo objetivo, el de la lucha contra la transfobia, que se engloba en un marco más amplio que es el de la LGTBIfobia que, a su vez, está formado por tantas fobias como siglas ¿De qué manera se relacionan todas estas fobias?

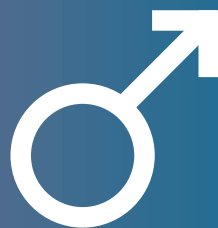
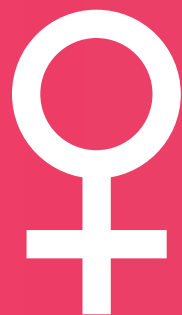
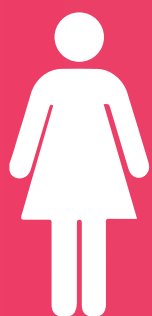
Pongamos por ejemplo el bullying homófobo en primaria: ¿las agresiones que pueden recibir niños y niñas en primaria hacia este tema es por homofobia? ¿Es porque desean personas de su mismo sexo? ¿Con 6 años? No, es un tema de expresión de género. De hecho, muchos gays y lesbianas que han tenido identificaciones de género normativas te explican que hasta la adolescencia, cuando empezando a tener relaciones de pareja, no recibieron agresiones. Y quizás hay chicos hetero más femeninos o chicas hetero más masculinas que han sufrido la homofobia. Por lo tanto no tiene que ver sólo con deseo. En el fondo estaríamos hablando de transfobia, de la aversión que generan identidades de género no normativas, que tiene en sus raíces el sexismo.

La transfobia es un fenómeno relativamente moderno.

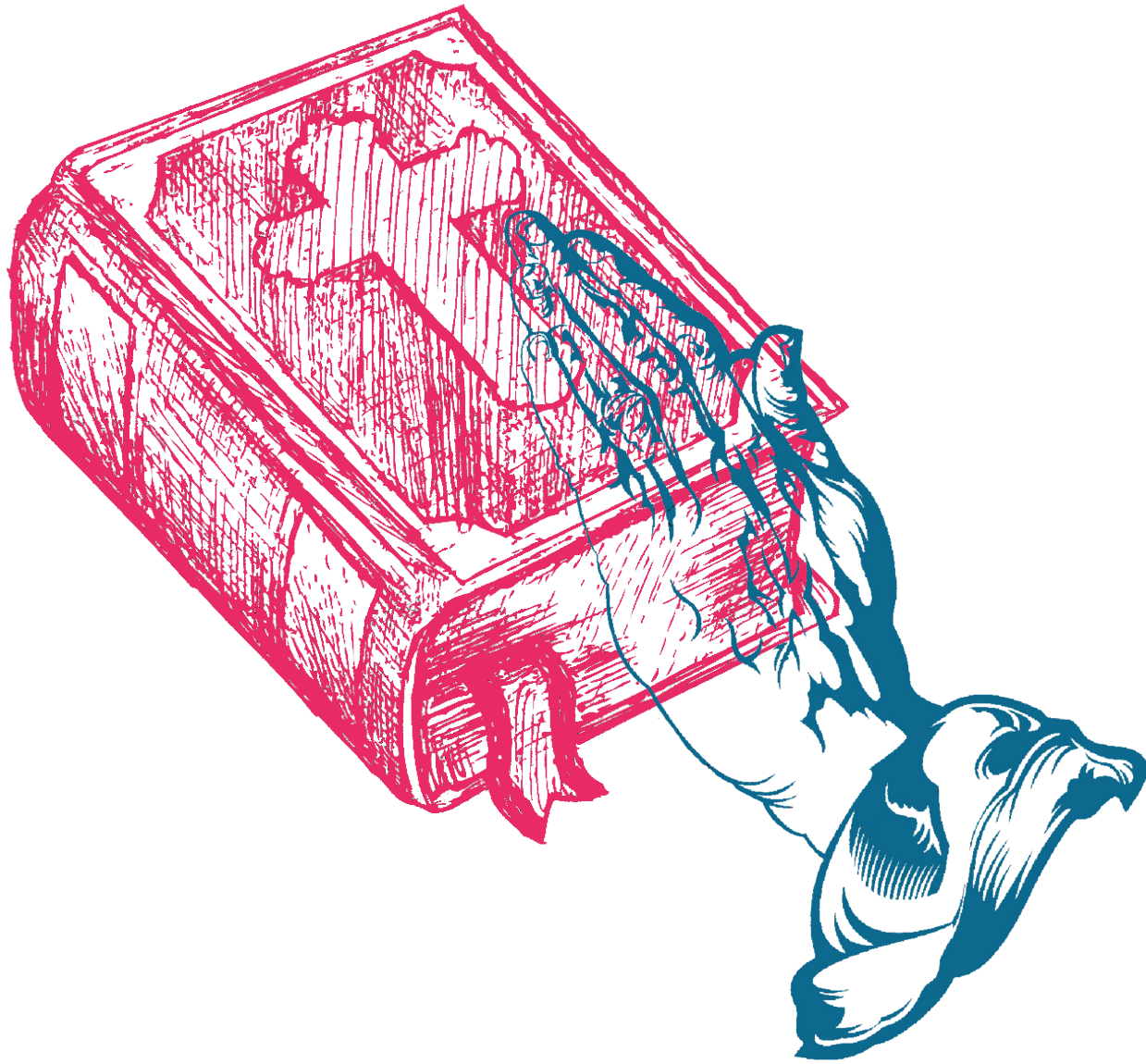
De hecho, históricamente, no se distinguía entre homofobia y transfobia, todo formaba parte de un mismo conjunto de perversiones. Por ejemplo durante el franquismo la norma era que orientación e identidad de género iba junto, por lo tanto homosexual se refería tanto a homosexual como transexual ya que se entendía que si un hombre deseaba otro hombre este lo hacía necesariamente desde una posición femenina. Hoy en día consideramos que identidad de género y orientación sexual son dos cosas distintas, aunque en los insultos y en los chistes se continúan mezclando ambas cosas.

En un término medio entre estas dos posiciones – victimista y omnipotente – propones la posición de responsabilidad ¿En qué consiste?

Para mí es el modo de escapar tanto del biologismo – que nos sitúa en un marco donde no podemos cuestionar nada, donde no tenemos margen de acción como sujetos porque estamos movidos por instintos, por genes, por hormonas – como de la omnipotencia – donde tenemos el control de todo y somos capaces de desmarcarnos del sistema –. Como sujetos tenemos capacidad de cambio, de agencia, pero es una agencia limitada. Así la posición de responsabilidad es un punto medio entre las dos posiciones que implica reconocer que somos productos sociales, reconocer nuestras influencias (las que nos gustan y las que no), nuestras limitaciones, nuestra necesidad de re-conocimiento y al mismo tiempo nuestra capacidad de cambio.



Repita conmigo:
“No lo contarás”.



En la biblia cross-dresser rige una regla no escrita. Sentenciosa, retumba con la obediente cadencia de un fiel recitando los mandamientos. Después del décimo, un último: “no lo contarás”. A nadie. Nunca. Ni a tu pareja por muchos años que llevéis casados, tampoco a tu madre aunque compartas casa, los amigos jamás lo entenderían, y tus hijos, los pobres e inocentes niños, de ningún modo tendrían que saberlo. La imposición es pura transfobia interiorizada, la necesidad de esconderte cuando, a sabiendas de las consecuencias, cruzas las fronteras de lo permisible. Si quieres sobrevivir en esta sociedad tienes que jugar con sus reglas, o al menos trampearlas sin que nadie se dé cuenta.

Enfemme es el sitio. Una asociación de cross-dressers en Barcelona donde las socias, aún y vivir públicamente como hombres, pueden expresarse como la mujer que también sienten. El local, cuya dirección permanece secreta hasta que alguien muestra un interés real para conseguirla, es un espacio libre de la mirada del otro, que, en su insistencia y descaro, cumple con el papel de policía del género. A día de hoy Enfemme cuenta con más de treinta socias, aparte de amigas, muchas amigas. Cada jueves de la semana se reúnen en el local, que hoy Paula tiene la responsabilidad de abrir.

A Paula la conocí como ella y luego como él. La misma persona. El primer día llevaba un vestido negro corto ceñido a la cintura, unos zapatitos mínimos de bailarina y una peluca color chocolate cobrizo con el flequillo en cortinilla abierto sobre la frente. En medio de un corralillo de sillas dispuestas en el recibidor del local, ella y Sofía atendían las preguntas de un grupo de chicas; dos estudiantes y una periodista. Sentada, con las piernas cruzadas y tirando de la falda cortísima que apuraba en el muslo, mantenía una postura tensa de la que apenas se movía. Sofía era la que respondía, pero Paula, en eso de ser ella con total libertad, no dejaba pasar oportunidad para intervenir con la confianza y la excitación contenida de quien se descubre feliz en su piel.

El segundo día quedamos a la salida del trabajo, a las puertas del Hospital Sant Pau. Cuando le veo entiendo lo que quiso decirme aquel primer día. Paula apenas se parece a él. Vestido de hombre en mono de trabajo, un conjunto azul-gris muy acorde con la calma aséptica de hospital, me ha pasado desapercibido. Trabaja en mantenimiento desde hace tres años. Le va bien, el ambiente es tranquilo y relajado, aunque últimamente está pensando en ponerse a buscar de lo suyo. Es ingeniero, pero con sus años de experiencia difícilmente encontraría un trabajo que le ofreciera unas condiciones mínimamente dignas. Tampoco se lo plantea con urgencia, de todas formas se encuentra a gusto con su vida, no hay prisa.

Desde el hospital, el local queda justo al lado. A lo sumo, unos diez minutos andando. Al llegar, levanta la persiana metálica y se agacha para recoger un papel que encuentra en el suelo de la entrada.

- Una notificación de correos, será de alguna chica – comenta refiriéndose al papel – ah sí, de Júlia – revisando la información del membrete –. Muchas se envían la ropa que compran aquí. No pueden enviársela en casa así que dan la dirección del local y quedan a una hora con el cartero.

Ella también lo ha hecho alguna vez, al fin y al cabo, mandárselo a casa no es una opción viviendo con su madre. Y claro, ir de tiendas vestida de él supone no poder probarse la ropa (léase devolución asegurada y tener que dar la excusa de que si a la novia, la amiga o a la fémina en cuestión le queda corto y apretado).

Con la notificación en mano se dirige a una pequeña estantería que decora el recibidor para dejarla de forma que sea vista. No caigo, pero al entrar por la puerta ha dejado de ser él para ser ella. Es la primera norma de Enfemme; al cruzar la puerta dejas tu nombre de hombre fuera, algo que no sabía el primer día. Cuando se lo pidieron contestó con el de chico. “No, no, tu nombre de mujer”. La pregunta le pilló desprevenido. No lo había pensado. “Paula”, soltó sin darle demasiadas vueltas. Paula de Paulina claro, quién fue, teniendo en cuenta que las cosas empiezan mucho antes de lo que creemos, el principio de todo. De eso han pasado ya más de diez años, cuando en carnaval decidió disfrazarse por primera vez de mujer. Su alter ego femenino fue todo un descubrimiento. A él le entusiasmó tanto como a sus amigos, quienes desde entonces le piden, o más bien le reclaman, que saque a Paulina del armario año tras año.

Ahora, en el recibidor de Enfemme, Paula corre la cortina de terciopelo granate que separa la entrada del pasillo que lleva al local. Tupida y pesada, cuelga resguardando la intimidad del interior. Al otro lado, un largo y estrecho corredor de paredes custodiadas por un ejército de armarios a tres puertas cerrados a candado. Cada uno pertenece a una socia, un espacio donde guardar vestidos, zapatos, maquillaje y pelucas. Aunque Paula más que guardar acumula. El tablero del fondo de su armario resiste, peligrosamente abombado, con finas tiras de cinta de enmascarar.

- Lo sé, tendría que ir haciendo limpieza y llevar a donar algunas cosas – dice refiriéndose al estado de implosión anunciada de su ropero – es el resultado de... ya van siete años.

No se lo ha dicho a su madre y tampoco lo saben sus amigos. El peso del secreto, el mentir y esconder una parte de quién es, le provoca un dolor cada vez más agudo. Su mayor miedo es contarle y que la reacción le confirme lo que más le asusta, la idea de que todo este tiempo haya estado acompañada pero realmente sola. Aun así las ganas la delatan constantemente, sobre todo con su madre. Jamás se lo ha dicho pero ella ya lo sabe, conscientemente le ha ido dejando pistas

- En el armario tengo un kit completo de paula, con peluca, vestido y maquillaje que seguro que ya habrá encontrado – confiesa – a veces no me esmero en la limpieza de la cara y aparezco con ojos de panda, entonces me pregunta por ello y me hago la loca, me levanto, me voy al lavabo a lavármelo bien, y así ya no puede decirme nada.

Hoy no va a vestirse, no le apetece someterse al proceso. Sentada detrás del bar-chiringuito del rincón de la sala habla en su postura rígida, llevándose la coca-cola hasta los labios nunca llega a sorber, prefiere contestar. *Clinclinc trascras ñeeeeeeec*. El sonido de la puerta cediendo la distrae. Todas las socias tienen su llave para poder hacer uso del local siempre que lo necesiten. Hoy es día de reunirse, pero tan temprano solo puede tratarse de Sofía, presidenta de Enfemme desde hace nueve años, referente en la comunidad cross-dresser internacional y vínculo de acogida de aquellas que entran nuevas al club. Llega vestida de negro con la media melena dorada nívea recogida en la nuca, saluda y con su afectuosa amabilidad evoca el clima de calma que sigue a la tempestad. Recientemente decidió transitar y ser mujer en todas las facetas de su vida.

- Durante un tiempo hubo como un boom. – comenta Paula al respeto del tránsito – Yo personalmente me siento a gusto en los dos mundos, como él y como ella.

Disfruta de él cuando es una sombra gris que puede moverse sigilosamente entre la gente, y de ella cuando se convierte en el centro de atención ganando un protagonismo que de otro modo jamás habría vivido. Las circunstancias varían pero el sigue siendo el mismo.

- El señorito tiene más libertad de movimiento – apunta – no necesita organización como la señorita para planificar cualquier actividad.

Él disfruta de la improvisación y la comodidad, en cambio, ella tiene que prepararse para todo. Y entre ese todo está su pareja. Hace ya cuatro años que está con Jordi, su primera vez con un hombre. Le conoció como Paula y como Paula mantienen la relación. Así lo ha querido ella. Pero cuando se imagina el futuro no se ve con él. Prefiere verse con una chica, aún y ser consciente del obstáculo que supone el tema del vestirse

- Es un momento muy decisivo, cuando no puedes más y se lo cuentas, la cosa puede acabar muy mal, normalmente las cosas terminan aquí, y si no...se convierte en un infierno – comenta Paula – Tú tienes una frase muy buena sobre esto Sofi – pide dirigiéndose a su amiga –.
- Si bueno – carraspea - digamos que cuando tú le cuentas el secreto a tu pareja sales del armario pero ella entra, se convierte en la guardiana del secreto.

Sofía lleva 35 años con su mujer. La primera vez que le contó que le gustaba vestirse llevaban quince años juntos, la noticia no fue bien recibida y tuvieron que pasar otros quince hasta que el tema volviera a salir. Aún y las dudas, los miedos, los recelos y los reproches, juntas lo han sobrellevado.

- Supongo que la relación lo supera si ya de antes era buena. – concluye Sofía – Yo tengo que decir los méritos son todos de ella. Mi mujer ha hecho un gran esfuerzo por resituarse en todo aquello que le contaba su marido.

Riiiiiiiiiiiiing. Llllllllllllllaman al timbre por primera vez. Una chica joven con un vestido blanco revoloteando entre sus piernas y un corpiño marrón sujetando en la cintura el bailar de telas, irrumpe con su andar deslizante en escena. Se llama Aurora y ningún nombre le podría sentar mejor. Se sienta bruscamente y el clima sereno se ve violentado por su desbordante energía. Apenas hace unos meses que viene a Enfemme y su agitación, en parte y solo en parte, se debe a que en dos días empieza la hormonación. También ha decidido hacer el tránsito. Tras ella, y al pasar unos minutos de las seis, un goteo incansable va llenando la sala. Se saludan con dos besos en las mejillas, se preguntan por como están, se acomodan en los largos sofás tapizados de azul petróleo, abren un vino y una bolsa extra grande de patatas de aniversario infantil. En ningún otro lugar podrías encontrarlas juntas. Personas de mundos completamente distintos y con vidas totalmente opuestas hablan con la sinceridad de quien tiene una historia en común.

Julia está sentada en un taburete alto al lado de la barra, piernas cruzadas y manos entrelazadas sobre los muslos. Con el azul de sus ojos y el rosa suave que enciende sus labios parece que conjugue al buen tiempo. Atenta a las conversaciones, cuando interviene se la escucha como a una buena maestra, pero su paciencia parece más un control impuesto. Sentada en el alto taburete da la impresión de una mujer terrible.

- Hay una cosa que nunca olvidaré – comenta Julia para añadir seguidamente una pausa dramática – el día que me dejaron de calzar los tacones de mi madre.
- Uffff – bufa Eiren – Yo aún recuerdo uno de aquellos momentos en los que, autoengañándome claro, dije basta. Recuerdo que llené dos mochilas con toda la ropa que tenía en casa y fui a tirarlas a un container que había cerca. Yo segurísima y convencidísima de de que allí acababa todo. Al día siguiente fui a tirar la basura y vi que aún estaban allí – poniendo cara de dolor al evocarlo - aún a día de hoy me arrepiento de no haberlas cogido – dirigiéndose a Juan – ¡Ah, perdona! ¿hablamos en castellano?
- A no, no, así aprendo – contesta él.

Sentado cerca de las dos, Juan, que hoy no se ha vestido de Juana, se apoya con el codo en la barra. Con sus pantalones de traje a rayas y su camisa rosa claro tirante en las mangas, parece abstraído en un ensimismamiento interior. Hace un momento era el centro de atención mientras explicaba sus peripecias como Juana.

- ¿Sabes que estaba en paro no? – había empezado – pues cuando andaba buscando trabajo me dio por ir a una entrevista vestida de Juana. A ver, yo ya iba con la intención de sabotearla. Pues allí me planté vestida de mujer y con mi currículum de Juan, a ver qué pasa ¿sabes? – comenta hablando con las manos, como hace él -, pues me tocó una chica que debía ser muy abierta de mente porque simplemente me miró, miró el currículum y dijo que si así me gustaba, no era problema para la empresa – acaba riendo–.

Al final incluso le ofrecieron el puesto, aunque lo descartó por lo mísero del sueldo.

- ¡Ua!, no te había reconocido – suelta sorprendido Juan cuando Paula se acerca ofreciendo unos bombones *Lindt* –.
- ¡Ah! ¿No me habías visto así antes? – responde sonriendo con los ojos –.
- No, no. La primera vez.

Para descubrir a Paula tuvo que ponerse ante el espejo y afrontar sus prejuicios y miedos. Ahora, delante de la imagen que le devuelve la superficie acristalada se ve bonita y se ve feliz, aunque quizás las agujas del reloj ya hayan dado demasiadas vueltas.

- Pronto, muy pronto.

CÓMO ACABAR CON LA REVOLUCIÓN:

LA HISTORIA DE LA PATOLOGIZACIÓN TRANS.

No hay forma más eficaz para cortocircuitar una revolución que tachar de trastornados a aquellos que la encarnan. Se trata de un mecanismo a partir del cual se desplaza el foco del problema al campo de lo individual, donde el sistema queda exento de responsabilidad y controversia, excusado en el sinsentido que siempre ha sido *la expresión la excepción que confirma la regla*. En nuestra sociedad, la regla que organiza el juego es ser hombre o mujer, entendiendo esto como una realidad biológica y una forma de andar por el mundo que por fuerza, nos dicen, están relacionadas. En este escenario la excepción son las identidades trans que evidencian la arbitrariedad de esta norma, y el cortocircuito que trunca toda posibilidad de revolución no es otro que la patologización. Al fin y al cabo pocas cosas proveen más justificación para la discriminación que un diagnóstico de anormalidad.

Si bien a día de hoy el concepto de trastorno ha quedado prácticamente desterrado, el discurso y el tratamiento patologizador que reciben las personas trans, sigue siendo uno de los principales mecanismos por los que se perpetúa la dictadura del género. Como apunta el antropólogo José Antonio Nieto, la gestión biomédica del fenómeno trans actúa como un “tran-quilizante social”, pues con ella se individualiza y se medicaliza la insatisfacción de género en lugar de politizarse, acción con la que se amenazaría al sistema.

El discurso colonial y la transexualidad

El proceso mediante el cual se desarticuló el poder subversivo de lo trans es un ejemplo más de ese *savoir faire* tan occidental que nos caracteriza. Quizás se entienda más con la comparación de la teórica y performer Sandy Stone, quien equipara el proceso de construcción de la identidad trans con el discurso colonial: en un primer momento se experimenta una fascinación inicial hacia lo exótico, a continuación se produce la negación de la subjetividad mediante lo cual se niega el acceso al discurso dominante, para finalmente embarcarse a la rehabilitación de lo que, por distinto a la norma, debe ser corregido.

Siguiendo este mismo esquema la transexualidad se visibilizó en el mundo occidental cuando esta se convirtió en el nuevo sujeto de la medicina. Tal y como explica Stone, las primeras clínicas de disforia de género se fundaron con la idea, en primer lugar, de estudiar una “aberración” humana interesante y potencialmente financiable, y, en segundo lugar, de ofrecer ayuda, tal y como la entendían, para restaurar un “problema corregible”. Esta línea se confirmó cuando en 1966 el sexólogo Harry Benjamin publicó *The Transsexual Phenomenon*, primer manual sobre la transexualidad a partir del cual se asentaron las bases que, aun a día de hoy, definen la identidad. La principal tesis de Benjamin se podía definir con la metáfora del cuerpo equivocado. El autor, convencido de que “la mente del transexual no puede ajustarse al cuerpo, por lo que es lógico y justificable intentar lo opuesto, esto es, ajustar el cuerpo a la mente”, defendió la terapia hormonal y las cirugías de reasignación sexual que acabaron por fijarse como el tratamiento más adecuado.

Si bien a mediados del siglo XX, el reconocimiento por parte de la clínica fue recibido como un importante avance – al fin y al cabo, pasar del vicio a la enfermedad, de ser reprobado a ser atendido, es subir un escalón – esta resultó ser un arma de doble filo. En 1983 el transexualismo entró en el DSM, el manual diagnóstico de trastornos mentales publicado por la Asociación Psiquiátrica Americana (APA). Al patologizarse, la identidad trans quedó despojada de su inherente fuerza subversiva, del mismo modo que el discurso y la definición de la misma fueron arrebatada-

das de las manos de los propios para quedar en manos de la clínica. En su última versión pero, el DSM V, y debido a la gran presión que recibió desde los activismos organizados en torno la *Red Internacional por la Despatologización trans* durante el periodo de revisión, el concepto de trastorno de identidad de género fue finalmente suprimido y sustituido por el de disforia de género. El cambio, si bien supone un avance en el proceso de despatologización trans, ha tenido un efecto más bien limitado.

A día de hoy son muchos los organismos internacionales, las resoluciones, los informes y las declaraciones que reclaman la despatologización como un requisito básico para garantizar los derechos humanos. Entre ellos destacan los Principios de Yogyakarta (2008) o el informe redactado por Thomas Hammemberg, comisario de derechos humanos del Consejo de Europa. Sin embargo, en la práctica, pocos cambios se han puesto en marcha. Esta situación únicamente puede explicarse por el clima transfobo que impera en nuestra sociedad. Cuando hombre y mujer son la base de todas las cosas, cualquier manifestación que amenace al primer nivel organizativo difícilmente será aceptado, a no ser que sea visto como una desviación, una expresión más de la excepción que siempre acompaña a la *invariable* regla humana.

nidad LGTBIfoba. En relación a las personas trans, el artículo 16 de la ley propugna un sistema sanitario catalán con perspectiva de género que tenga en cuenta las necesidades de las personas LGTBI. En concreto, y dirigido al transgenerismo y a la intersexualidad, establece que estas condiciones no tienen que ser tratadas jamás como una patología. El artículo 23, orientado también a estas realidades, establece que estas personas pueden acogerse a la ley sin necesidad de un diagnóstico de género ni tratamiento médico. La ley, al igual que el servicio Trànsit, reconoce al transsexual como aquel que dice serlo.

Hay distintas razones por las que, existiendo una ley que regula específicamente la no patologización de las identidades, el circuito público sanitario catalán sigue impune en su actuación. Una de ellas, tal y como denuncia Eugeni Rodríguez, presidente del *Observatori contra la Homofobia*, es el estado de secuestro en el que ha vivido la ley 11/2014. Que desde su aprobación no gozó de la voluntad política de Unió, responsable del área LGTB en el gobierno dirigido por CiU, para ser aplicada. A principios de este año, debido a la efectividad del cambio de Gobierno de la Generalitat de Cataluña, se ha producido una modificación en la responsabilidad. En estos momentos es Esquerra Republicana la responsable del área, relevo que ha propiciado un cambio significativo en la voluntad de hacerla efectiva. El resultado pero, aún está por ver.

Laia Serra, abogada y penalista especializada en derechos humanos, considera que, con todos los recursos que se dispone a nivel internacional, junto con la anteriormente mencionada ley catalana contra la LGTBIfobia, se podrían llegar a cuestionar las reglas que a día de hoy regulan el mundo trans: desde la ley 3/2007 de identidad de género a la legitimidad de los circuitos sanitarios públicos patologizantes. Son muchos los que denuncian que desde estos circuitos médicos se está vulnerando de forma flagrante los derechos humanos, el libre desarrollo de la persona, su dignidad y el derecho a la salud en términos de bienestar y calidad de vida.

A nivel municipal, en la ciudad de Barcelona se está empezando a materializar un cambio de rumbo facilitado por el compromiso del nuevo gobierno. A día de hoy el consistorio está trabajando codo con codo con un equipo dirigido por la psicóloga y feminista Cristina Garaizabal, en la creación de un nuevo servicio municipal de atención integrada para el colectivo trans. La propuesta, aún en fase embrionaria, se define por su perspectiva no solo despatologizadora, también desmedicalizadora, al situar los puntos de atención fuera de los hospitales. Además de la cobertura sanitaria, el modelo abarca todas aquellas áreas vitales (léase familia, trabajo, estudios, etc) que en el caso trans a menudo se ven afectadas.

La transfobia se paga con vidas

Estos cambios se entienden radicalmente necesarios cuando se ponen caras y números. Un indicador alarmante es la tasa de de-sempleo – que alcanza a un 46,5% de los jóvenes españoles – y que se agrava en el caso de los jóvenes transexuales. Los problemas pero, no terminan al encontrar traba-jo. Según

un estudio elaborado por la Universidad de Málaga en 2011, un 33,3% de las personas trans tenían ingresos inferiores a 600 euros y más del 55% señalaba haber vivido algún conflicto en el ámbito laboral al hacer pública su transexualidad. Como es bien sabido, las oportunidades en el mundo laboral aumentan con el nivel de estudios alcanzado. Carrera de obstáculos donde las haya dentro de un sistema educativo donde la formación en temas como la diversidad de género y sexual es, sin duda, una materia pendiente. En este sentido la muerte de Alan, el joven transexual que se suicidó el pasado mes de diciembre, representa el colapso rotundo de todas las instituciones que tienen responsabilidad en el asunto.

Los adolescentes que pudieron ejercer el acoso, no exentos de responsabilidad, no dejan de ser el brazo armado de un sistema social tráfobos. Si bien Alan había conseguido el cambio de nombre en sus documentos, al igual que al menos 30 menores más en nuestro país, lo cierto es que en España este reconocimiento no está previsto por ley y se termina decidiendo en el juzgado según la voluntad del juez en cuestión. Tal y como señalan desde Chrysallis, la asociación de familias de menores transexuales, partiendo de un mismo marco legal el cambio puede ser tanto aprobado como denegado, la decisión acaba siendo una mera cuestión ideológica de quien la interpreta.

Patologizar la excepción para reforzar el sistema

La patologización de la transexualidad es un mecanismo de discriminación, una forma más de violencia en una sociedad regida por la dictadura del género. Cuando la medicina y el estado los definen como trastornados ponen en evidencia que sus identidades, sus vidas, trastornan su sistema. La enfermedad pero, no está en lo trans, sino en la rigidez de una realidad incapaz de reconciliarse con la principal característica de la humanidad: su infinita e incorregible diversidad.



Entrevista: **Jordi Mas Grau**

*Nuevo modelo
de atención trans:
un paso hacia
la despatologización*

Al terminar sus estudios en sociología, y guiado por la voluntad de participar en tareas sociales, Jordi Mas Grau pasó siete meses trabajando en una organización en defensa de los derechos de las personas trans en París. La experiencia, aparte de resultar muy enriquecedora, le decidió a cursar el master en Antropología y Etnografía en miras de la tesis doctoral; un estudio sobre la patologización y la medicalización de la transexualidad. En su opinión el problema se encuentra en la sociedad, en la transfobia inherente al sistema de géneros.

Recientemente y a raíz de la voluntad del Ayuntamiento de Barcelona de hacer un cambio en el modelo de atención trans monopolizado por la Unidad de Identidad de Género del Clínic y disputado por el servicio Trànsit, se ha creado un grupo de trabajo dirigido por la psicóloga y feminista Cristina Garaizabal completado con la presencia de Rosa Almirall, Soraya Vega – médico y psicóloga del servicio Trànsit – y él mismo. El informe realizado propone la creación de un servicio municipal de atención integrada a personas trans que supondría un cambio de modelo de 180°. Después de largos años de lucha, el movimiento activista trans está empezando a recoger los frutos de su perseverante insistencia. Todos coinciden, ahora es el momento idóneo para que cambien las cosas.

¿En qué consistiría el Servicio Municipal de Atención Integrada a Personas Trans?

Básicamente la idea subyacente es tratar de, lógicamente, despatologizar, pero también de desmedicalizar la atención a las personas trans, algo que de momento aquí en Cataluña no existe. Así que de un lado este servicio debe funcionar desde el paradigma despatologizador, pero por el otro también queremos que el primer contacto que tengan estas personas con los servicios públicos, y la primera información que reciban, no se haga dentro de un recinto hospitalario, de un centro de salud. La primera presa de contacto se haría desde un servicio de atención más integral, teniendo siempre en cuenta que para muchas de estas personas los servicios financiados, supervisados, en lo que se refiere al proceso de modificación corporal, son una parte importante. Pero aparte de eso también existe toda una serie de ámbitos que afectan a sus vidas que se tienen que tener en cuenta, sobretodo lo que sería la inserción laboral.

¿Entonces qué ejes articularía el servicio?

Así a grosso modo tendríamos la asistencia de salud, no nos engañemos, es uno de los más importantes, que se haría dentro de Trànsit. Pero la idea no es que Trànsit se convirtiera en el centro de referencia de todo Cataluña, sino que se avanzara hacia un modelo descentralizado. Es decir, en una última fase habría repartido por todo el territorio unos centros de referencia que ofrecerían, dentro de los centros de atención primaria, una atención más especializada. La cuestión es que las personas no se tengan que mover demasiado de su territorio para ser atendidas por alguien que tenga unos mínimos conocimientos del tema.

Todo esto pasaría por descentralizar la UIG.

Claro, pero es que la UIG se podría descentralizar si se quisiera. Lo que no puede ser es que actualmente los médicos de familia no tengan ni idea del tema, y que ya sea por ignorancia, tampoco voy a decir mala fe, se produzcan casos de discriminación y situaciones en que las personas trans se sienten violentadas.

Las quejas hacía el trato patologizador del Clínic son variadas y cuantiosas, y durante la elaboración del informe os negaron la entrevista que solicitasteis, aparentemente porque no tenían tiempo. Aun así ¿sabrías decirme si se han producido cambios en el tratamiento que ofrecen desde la publicación del DSM V, que en teoría despatologiza mínimamente lo trans?

Me han llegado voces, pero claro, todo esto no lo puedo confirmar. Sencillamente me han dicho que han relajado un poco el “test de la vida real”. Pero ahora estoy haciendo un proyecto en Sabadell sobre homofobia y transfobia en ciudades medianas europeas, y he hablado con una chica trans, que está en la UIG, y me dice que le dijeron eso de las uñas: ¿por qué no te pintas las uñas? Quiero decir que tampoco parece que haya cambiado mucho. Y la verdad que es penoso porque no se adecua ni al DSM V, que no ha sido en su vida progresista, ni a la séptima versión de los “Standards of Care”, que dejan claro que no se tiene que forzar el binarismo a las personas trans que reciben asistencia o asesoramiento psicológico, que los profesionales deben estar formados en la variabilidad de género, etc. Nada de esto se hace en el Clínic.

Uno de los miedos que surgen al hablar de despatologización es el posible cese de la financiación para las operaciones de reasignación, ¿podría ser que las cirugías de reasignación entren dentro del servicio de sanidad pública sin que figure como disforia de género?

Hoy en día hay tratados internacionales como los principios de Yogyakarta, resoluciones del Parlamento Europeo y de las Naciones Unidas, además de antecedentes de países como Dinamarca o la Argentina, que tienen leyes de identidad de género que reconocen la autodeterminación de éste, así como que ninguna persona debe verse obligada a someterse a intervenciones para desarrollar la identidad de género que considera como propia. Eso sí; es cierto que no se puede eliminar de un sitio así como así. Y muchas veces cuando se hacía esta presión internacional la gente de países emergentes, donde no existe esta asistencia o tanta aceptación social, decía: “este movimiento esta muy bien en vuestros países ricos, pero en los nuestros, donde la transfobia es mucho mayor, como salgamos del DSM no nos hará caso nadie”.

Cambiando un poco el tema sin salir de la UIG. Cuando estabas haciendo tu tesina, determinaste, del contacto con ellos, tres razonamientos mediante los cuales la unidad se justifica en su actuación: el conceptual, el clínico y el estratégico. Hablemos del primer.?

El razonamiento conceptual vendría a ser el siguiente: se asocia la transexualidad con malestar, es decir, se da por supuesto que toda persona sufre por el hecho de ser transexual. Y esto es una simplificación de una realidad mucho más compleja. Porqué hay personas que no sienten malestar con su cuerpo, y que si realmente lo que sienten es por la transfobia.

¿La UIG reconoce que este malestar surge de la transfobia?

Yo recuerdo que siempre me decían: que sí que hay malestar social, que se genera por la sociedad, pero hay un malestar que es de uno mismo. A mí estas cuestiones me imponen respeto porqué yo no sufro este malestar, y por lo tanto estoy interpretando. Aún así, desde mi posición teórica, no considero exista un malestar corporal previo al contexto social; empiezas a sentirlo en el momento que significas tu cuerpo. “Es que hay niños que con 4 años ya me piden el maquillaje, esto quiere decir que ha nacido así”. ¿Y qué? ¿Hay una configuración genética u hormonal que predisponga a las mujeres a los cosméticos? No. Aprendemos de bien pequeños a clasificarnos según un sistema de géneros, así que desde mi punto de vista el malestar está culturalizado.

¿Y el razonamiento clínico?

Para justificar en especial las sesiones de visita psicológica y psiquiatra, se refieren siempre a la necesidad de un diagnóstico, sin el cual, a su entender, ningún endocrino llevaría el tratamiento de hormonación, ni ningún cirujano estaría dispuesto a operar. Sería como un aval clínico, la necesidad de la palabra de un tercero para decidir por encima de la persona si se es o no trans.

¿Y el estratégico?

Es justificar la presencia de la disforia de género en los manuales con la idea de que así se garantiza que las entidades públicas y las aseguradoras privadas financien este tratamiento. Aunque en el DSM V ya se admite que la única razón para que figure en su catálogo es la estratégica.

Como decías, actualmente la transexualidad sigue figurando en el DSM pero no como trastorno. Aún así no parece que el trato, por lo menos aquí en España, haya cambiado mucho. Como no se ha reflejado en la realidad, ¿cómo ha sido este cambio sobre el papel?

La han resituado y se han hecho una serie de modificaciones, ahora lo llaman disforia de género al referirse al malestar que provoca una incongruencia con el cuerpo. Antes estaba al lado de las parafilias, del exhibicionismo y la pedofilia, y ahora ya constituye un apartado separado. A todo esto tengo que añadir que la APA nunca ha hecho oídos sordos a las críticas, de hecho el recorrido que hizo la homosexualidad es prácticamente el mismo que está siguiendo la transexualidad. Antes de que desapareciera del todo de los manuales había la homosexualidad egodistónica, que se refería a un dolor que siente la persona por el hecho de ser homosexual, pero al final se entendió que el dolor era generado por la homofobia. Entonces disforia de género es muy parecida a homosexualidad egodistónica.

Ahora si, cambiemos un poco de tema. Quería conocer tu opinión acerca del documental del “30 minuts” sobre la transexualidad. ¿Cómo crees que puede haber afectado a la visión de esta realidad? (partiendo de que va dirigido a un público que seguramente del tema no tiene ni idea).

Hay la victoria de mínimos que dicen algunos: como mínimo se ha podido explicar. No hombre, ya que aprovechas pues lo explicas bien. Quiero decir que yo me adhiero totalmente a las críticas que ha recibido. Es que solo ha mostrado una forma de ser trans... que es justamente la más aceptada socialmente. Tiraron por lo fácil, y además a mi me consta que consultó a muchas organizaciones y personas, y al final, como supongo que tenía una idea que mostrar y estas realidades justamente lo que aportan es confusión, no les debía ir bien para el cuento de hadas que querían contar.

LLEGAR TAN
HONDO QUE
EL OTRO SE
INCOMODE
Y SE QUIERA
IR



En cierto modo es difícil no verle. Apoyado contra la pared, esperando con las manos hundidas en los bolsillos, parece absolutamente lejano. Con su cazadora Harrington granate, su pelo ceniza rapado por los lados, un aro de plata colgando de su oreja izquierda y su sonrisa medio interesada, da la impresión de un macarra inglés de buena familia, un niñoato encantador, un rebelde con causa. Dirías que vive inconsciente de la impresión que provoca, o al menos no hay en su rostro ni en su actitud señal alguna de autocomplacencia. Y cuando hablando sonríe, con su sonrisa enorme, desmesurada, la distancia que antes le alejaba parece desintegrarse en una mera ilusión.

En casa de su madre, una cueva de colores repleta de libros y cuadros, Leo enciende su ordenador. Predeterminada como fondo de pantalla aparece una obra de Adrian Piper (artista conceptual y filósofa), una fotografía de dos desconocidos si rostro sobre los que se inscribe un mensaje de advertencia, un ineludible porvenir: **Everything will be taken away. Todo nos será arrebatado.** Todo lo que una vez fuimos un día lo dejaremos de ser.

Sobre la acristalada superficie se refleja su rostro, una tez fina y blanca como azúcar en polvo, unos ojos azules tur-bulentos y unas cejas oscuras con la densa espesura de un bosque de pinos. Distráido y en el esfuerzo de concentrar-se mueve el cursor de una carpeta a otra, rebuscando un archivo en particular.

- Últimamente el tema trans lo he trabajado en muchos proyectos. Este.... aún no está del todo acabado, pero es la idea – avanza Leo repasando carpetas con nombre de persona – Son los nombres de los profesores, los de las asignaturas no son tan interesantes y además así es más fácil.

Da con lo que busca y de la ventana del reproductor de vídeo emergen un fondo en negro y un texto en blanco.

JÚLIA
Julio, 1993 – marzo, 2015

En pantalla.

El objetivo de una cámara estudia al sujeto que la sostiene a través de la imagen que le devuelve el espejo. Júlia observa a Júlia, o a la Júlia que el otro ve, que siempre es una imagen parcial, contaminada.

Cambio de escena.

8 de mayo, 2015. Escribir tu nombre, renombrarte, que te pregunten cómo te llamas y quedarte en blanco. Huir. Sentirte imposibilitado ante la acción de nombrarte a ti mismo. Tener miedo al ser juzgado, al copiar al otro. Me llaman JJ, me llaman Leo. Me llamo Leo. Y nunca abandonar lo que has sido hasta ahora.

La cámara fija encuadra en plano un sofá crema, un perro caramelo acurrucado en un extremo y una manta desmayada encima. Esta vez Leo aparece en escena, en calzoncillos y camiseta. Se sienta en medio y saca un bote dispensador de una caja de medicamento. Presiona, y el bote escupe la sustancia viscosa y fría que es la testosterona en gel. Prosigue untándola sobre las piernas, masajeándola sobre la carne. El testogel tiene una apariencia inocua, la transparencia de su formulación niega un potencial escondido, el de una bomba de hormonas con la fascinante capacidad de transformarte, masculinizarte. Los primeros cambios que se observan son psico-emocionales: aumento de la libido y del deseo sexual, contrariedad, euforia e hiperactividad. Aunque lo cierto es que hay mucho mito en eso. Poco a poco va apareciendo el vello facial, un claroscuro en el labio superior, el cuello y las mejillas. Las facciones se endurecen y las mamas reducen su volumen sin llegar a desaparecer. Siguiendo el patrón masculino el pelo empieza a crecer en las piernas, brazos y pecho. Aumenta el tejido muscular y el cuerpo se define con el cincel que esculpe al hombre, quitando volumen en las caderas y ganando presencia en espalda y hombros.

Para experimentar todos los cambios que ofrece la hormona masculina, las aplicaciones tienen que ser continuadas, se sabe cuando empiezas pero nadie te dice cuando acabarás. Sentado delante del escritorio del despacho/taller de la casa de su madre, Leo lleva en el cuerpo 400 mg de testosterona de más, exactamente lo que equivale a un bote de Testogel 2%. Cuando decidió empezar a hormonarse le dispensaron cuatro recetas sin fecha, de estas solo utilizó una. Las otras las escondió con demasiado ímpetu y tampoco las buscó con mucho interés.

Avanza unos minutos al azar y el vídeo salta hasta otra escena. Esta vez la cámara está colocada a un lado, y de perfil y con el torso desnudo sobresalen los puntiagudos montículos que son sus pechos.

- Bueno es que es muy largo, pero es así todo el rato – dice Leo interrumpiendo el vídeo –.

Delante del ordenador minimiza la ventana. Después de esa escena se sucedían unas tantas más, un recopilatorio de planos secuencia de Leo aplicándose testó. La culpa es de su condición de artista, que le lleva a mantener un registro de los pormenores de la vida, de sus grandes encrucijadas y de aquellos momentos que, como los vídeos untándose testó, siente que necesitará algún día. Hace un tiempo lo pasó en clase. Resulta divertido pensar en la reacción de los alumnos de tercero de bellas artes cuando Leo decidió presentarse, claro que lo de presentarse es un decir, simplemente le dio al play y dejó que cada cual llegara a sus propias conclusiones. Poco le importa lo que piensen de él los desconocidos, “si no te gusta no mires” diría, y aun la embriagadora seguridad que destila, su corazón necesita de un gran amor, una pasión incondicional, un cariño abismal.

El vídeo que me enseñó aquel día aún era una prueba, la compilación casi nada editada de su experiencia de hormonación que duró tanto como el bote. Unas semanas más tarde me envió una nueva versión, donde pude visualizar el provisorio final-conclusión de la experiencia.

En pantalla.

Otro sofá. Leo aparece en escena y se sienta. Unos tejanos hasta las rodillas, unos calcetines blancos y largos de canalé, unas piernas enmarañadas por unos pelos más oscuros y aún más largos. Aplasta el dispensador y se queda mirando fijamente el testó. Piensa, duda, hace girar el bote blanco sobre sí mismo, observa todas y cada una de las caras del cilíndrico contenedor, vuelve a presionar el tapón y extiende la materia viscosa sobre sus piernas. Impreso sobre el momento escribe:

Yo decidí dejarme de hormonar, ocupar esta norma desde otro espacio, construir mi masculinidad desde otro sitio. Yo decidí hormonarme porque creí más fácil vivir en esa norma. Decidí dejarme de hormonar porque no lo es tanto. Porque nada tiene un principio ni un final.

La primera vez que se untó de testó estaba con Ana, la primera chica con quien estuvo y en cierto modo con la que siempre estará. Con la caja en su poder se escurrieron por las callejuelas de detrás de la Catedral. Ya había oscurecido, y como no podía ser de otro modo el momento quedó grabado. Leo, sentado, se arremangó el pantalón hasta donde pudo, dejando a la vista las enredaderas que le cubrían las



piernas. Presionó el tapón y el bote escupió una dosis de la sustancia gelatinosa. La excitación del momento contrastaba con la simplicidad del gesto: aplicar una especie de gel sobre la superficie desnuda de la piel.

Pasaron unos meses hasta que aquella rutina abandonó su día a día. Cuando Leo tomó la decisión de poner fin a la hormonación se sentía terriblemente cansado. Tenía la cabeza abotagada, a punto de implodir. Acababa de recibir una llamada inesperada de su padre, un gesto nada usual teniendo en cuenta que Jaime nunca fue mucho de hablar. Después de un largo rato en el teléfono necesitaba una ducha. Con el agua inagotable precipitándose sobre su cabeza, Leo pensó en la velocidad vertiginosa a la que pasa la vida, la eterna inmediatez con la que lo queremos todo. En ese preciso instante tomó la firme determinación de que, por una vez, se lo iba a tomar con calma. El tiempo inmediatamente posterior a la decisión se convirtió en una duda constante (“¿me hormono o no?”). Aun lo sigue siendo. Si hay algo que realmente le jode eso es su voz, pe-netrante y suave. La llama voz de niña y así le gusta a él, pero a la hora de socializarse, de ir a un bar y pedir un café esa voz sale y le jode. La solución es acallar la duda con su cuerpo, desde el que trampea las reglas que rigen el juego que es ser hombre en nuestra sociedad. Y mientras el mundo decide si creérselo o no, Leo cada día tiene más claro que es Leo.

Leo me presentó a Lluc el día que iba a cortarse el pelo. Se conocen de hace relativamente poco. Ana los presentó oficialmente hace apenas un mes, cuando por vez primera Marta se atrevió a pensar en la posibilidad de ser Lluc. Desde entonces han quemado horas y horas hablando. Son prácticamente hermanos, una familia que conforman los tres. En esta tarde de volátil sol de primavera Lluc ha tomado una decisión. Hoy se corta el pelo. Mejor dicho, hoy se corta el pelo más. Porque corto ya lo lleva. Una marea incontrolable de cabello castaño claro con reflejos de trigo ondulantes en un gran tupé,

que mantiene en un estado de frágil equilibrio pasándose repetidamente las manos mientras lo estira para arriba y lo echa hacia atrás. Los dos chicos esperan en medio del bullicio de la esquina del café Zurich, de pie y hablando parecen inmunes al mundo que gira a su alrededor. Visten con chalecos tejados y cargan con sus mochilas, una medio vacía y la otra llena a rebosar.

- Vamos a una peluquería del Rabal. Cortan bien por cuatro euros – comenta Leo –. Desde Plaça Catalunya el camino en línea recta no tiene pérdida. Doblando calles, girando esquinas, volviendo pasos, como si el camino más directo nunca fuera el correcto, como si desviarse y perderse formara parte de las reglas del juego, Leo guía la marcha.

- La verdad es que las últimas veces que he ido, estaba cerrado – señala Leo, después de un trecho recorrido – si lo está, es una señal. De que hoy no es el día de cortarme el pelo – completa Lluc. Bueno, y de que tengo que dejar de ir a aquella peluquería – añade Leo para sí –.

Lluc está nervioso, sus poros rezuman excitación y miedo a partes iguales. Hace apenas un mes su vida entró en un frenético estado de caos, aunque el embrollo de pensamientos, la sucesión de preguntas y el tumulto de sensaciones ya venían de antes. Lluc siempre ha sido un tejido de alta sensibilidad, una mente curiosa hiperestésica a cualquier roce. Ahora, subido en esta montaña rusa de la que ni puede ni quiere bajar, se encuentra cabeza colgando en el vértice de una parábola invertida. Y solo en la vorágine del continuo ir y venir y desde la perspectiva panorámica que ofrece el subir y el bajar, Lluc ha visto encajar todas las piezas de su vida. Hoy, sigue siendo un sinfín de preguntas, pero entre ellas habita una certera verdad.

- Es como cuando escuchas Chopin – ríe – y luego escuchas cualquier otra cosa. Nunca podrás olvidar haber escuchado Chopin. Habrás conocido la belleza y no te olvidarás de lo que sentiste.

Lluc, en sus ganas terribles por hablar, de contarse para descubrirse, sigue un estricto código de sinceridad capaz de desarmar al más frío y reservado de la fiesta.

Siguiendo el serpenteante camino avanzan por calle Reina Amalia y giran en plaza de Josep M. Folch i Torres, Leo se desvía en diagonal para ganar perspectiva e intentar divisar la peluquería

- Está abierta – sentencia dando a entender que no hay marcha atrás –.

Al final de la calle Lleialtat esquina con ronda San Pau, se encuentra el pequeño establecimiento que es la peluquería Qari. Desde el exterior acristalado el establecimiento es un pequeño cubículo rectangular abarrotado por falta de espacio. En su interior, el peluquero está rasurando las patillas de un cliente. Lluc entra decidido, más bien sin pensar, y pregunta por el corte. 5 minutos y acaba. Deciden esperar fuera, sentados en la escalera que salva el desnivel de la plaza. Cómplices, hablan sobre cosas que solo ellos entienden. Parece que vivan jugándose todo el rato, haciendo tretas, esquivando trampas, sintiéndose desbordados por la responsabilidad y las inmensas ganas de seguir viviendo sus vidas. Se miran y sonríen.

- Hoy se lo he contado a mi profe de saxo – comenta Lluc. Hacía unas semanas que Lluc estaba muy desconcentrado. No rendía en clases y a duras penas lograba llevar al día todas sus responsabilidades – ha dicho que ahora lo entiende todo –.

Solo durante la primera semana Lluc perdió 4 kilos. El cambio es perceptible para todos, pero en la escuela superior de música, donde estudia para intérprete de saxo en la modalidad de jazz, pocos saben quién es Lluc. Solo se lo ha contado a las personas más cercanas y, sin embargo, muchas de las importantes aún no lo saben.



El cliente, ya con sus patillas arregladas, sale de la peluquería. Es tu turno. Se levanta y se dirige al interior del local

- Leo entra conmigo – pide. Lluc venía con un corte pensado, pero en el último momento se echa atrás y decide cortárselo como Leo – quiero el pelo así pero sin esto – dice pasando los dedos por el remolino que su amigo tiene justo en el nacimiento de pelo, donde un mechón se subleva y decide crecer a modo visera.

Cuando Lluc conoció a Leo no pudo más que sentir una fuerte atracción, una suerte de embeleso. No hacia él, sino hacia la idea de ser como él. Lluc, para Leo, significó poder revivir el tumulto y la aventura de un proceso que había comenzado hacía apenas un año. Ahora pero, desde la posición sosegada que el paso del tiempo otorga.

En un no muy lejano pasado, Leo también fue a cortarse el pelo bajo semejantes circunstancias. Por aquel entonces una cascada castaño oscuro colindaba en un espacio intermedio entre sus clavículas y el pecho, aunque deseaba desde hacía tiempo cortárselo bien corto. Era una de esas ideas que te hinchan el pecho solo de pensarlas, pero que el miedo impide dejar salir. Aquel día Júlia necesitó a Ana, hoy pero, Lluc tiene suficiente con sus ganas. Pasados 15 minutos sale de la peluquería con los lados rapados y con unos centímetros menos de onduleante, ahora tieso, tupé. Sonriente, nervioso, quiere el veredicto.

- ¿Se me ve más Lluc? – pregunta exaltado –.

A medida que pasa el rato, la agitación del nuevo corte queda eclipsada por el miedo a lo que vendrá. Hoy tiene cena familiar en casa, y a sus padres no les va a hacer ni pizca de gracia.

- Me van a matar – dice preocupado refiriéndose a sus padres.

Cuando Lluc llegó casa, la familia al completo, el padre, la madre su hermano, sus tres hermanas y el novio de la mayor, estaban ya en la mesa. Su padre fue el primero en verlo y ante la visión de su nuevo rapado se limitó a bajar la cabeza y rebufar, miró fijamente su plato y adoptó la misma estrategia de desconexión-modo avión en la que se había refugiado desde que lo supo. Su madre, sentada de espaldas giró la cabeza, y en la milésima de segundo que su cerebro tardó en procesar la imagen, el mun-

do se le vino encima. Lluc se sentó y su madre se levantó, recogió su plato, y, en un estruendo esforzado de choque de metal contra porcelana, vertió la comida dejando claro que ya había terminado. Más tarde, ya en su habitación, la madre se acercó para hablarle. Jamás la había visto tan frágil, tan rota. Su imagen realmente le asustó. Pequeña, le imploró que no fuera tan rápido, afligida, le habló del dolor que sentía al perder a su hija, a su Marta. Ciega y asustada no vio el peso de la culpa que, sin querer, obligaba a Lluc a cargar. Este, deshecho, no sabía qué hacer. ¿Por qué tenía que ir más lento? ¿Por qué tenía que esperar? ¿A caso podía? Fuera de casa es completamente Lluc, pero dentro, el tema ha quedado congelado. Aún no están preparados.

Contando la historia pasados unos días, Lluc se ve fuerte e incuestionablemente feliz. También Leo, a quien constantemente se le escapa una amplia sonrisa cuando, hablando, reme-mora su pasado y se da cuenta que lo recuerda feliz. En la terraza de un bar de la plaza Salva-dor Seguí, justo al lado de la Filmoteca de Catalunya, nos sentamos a tomar una cerveza. Uno frente al otro comentan la casualidad.

- Aquí es donde vinimos aquel día – observa Leo – nos sentamos justo allí – dice señalando unas mesas más allá.

Aquel día fue la primera vez que quedaron. Lluc, en sus últimos momentos de Marta, necesitaba hablar, y Ana sabía que Leo era la persona indicada. Quedaron a las tres, justo cuando Ana saliera de trabajar, pero finalmente ella no pudo presentarse. Así, se fueron a comer y empezaron la conversación de las nueve horas. Al día siguiente ambos se despertaron agotados, afligidos por una resaca emocional.

Los ojos de Leo, antes de un intenso azul verdoso se han achicado. El cielo se ha encapotado y los dos estancos, faltos de luz, se han apagado en un color gris opaco. Es difícil mantener su atención, una multiplicidad de estímulos que devienen ideas encadenadas amenazan constantemente con llevárselo lejos. Hoy, ahora, Leo está aquí, concentradamente presente. Lluc, siempre lo está, su ahora es demasiado intenso como para estar en otro lugar. La energía que desbordan es descomunal. Parece que la acción del mundo se esté desarrollando en este exacto lugar, en este preciso instante.

(LL): Ahora somos unos niñatos de mierda pero... ¿qué pasará cuando tengamos, cuarenta, cincuenta años, cuándo seamos unos viejos?

(L): Es agotador pensarte día a día. La incertidumbre que genera un repensar constante. No tener referentes que nos hablen de cómo será el futuro. No tener nada a lo que agarrarte, a parte de ellos. Lluc, Ana, la familia que construyes. Me da tranquilidad pensar que seguiré con ellos. Que estamos juntos en esto.

(LL): Quizás lo que más valoro es esta manera tan familiar de querer que me han enseñado. De ponernos a nosotros siempre delante. El hecho de haber establecido desde el principio una relación tan sincera. Una forma de querer tan inmensa.

Son las cinco y media y los dos tienen que irse, hay compromisos con los que cumplir. Lluc se levanta con la excusa de ir al baño, Leo, aún con la idea de aquel amor abismal, sincero, tiene una última cosa que añadir. Con una cadencia lenta, pausada, desahaciendo las palabras en una exhalación, pronuncia una frase que no oigo pero si entiendo. *Penetrar tan fuerte que el otro quiera marcharse, llegar tan hondo que el otro no lo soporte y se quiera ir.*

La frase habla de su historia pero también del modo en que los conocí. Nunca dándose del todo por sentado Leo y Lluc son directos, sinceros, brutales. Una barbaridad. En el proceso de su constante devenir, su irremediable cuestionar, descubrieron la cara dulce de girar al revés del mundo, la desgarradora y adictiva sensación de sentirse vivos. Al fin y al cabo, ¿no veníamos a eso?

- Tengo ganas de ser Lluc.

(Leo lo escuchó y lo anotó en su libreta).

Mirror-Gender

Leo Müller







Effy, arte y performance queer



Effy, diminutivo de Elisabeth Mía Chorubczyk, nació en Israel en 1981. Cuando llegó al mundo recibió de sus padres el nombre hebreo de Mati, con el que más tarde no se sintió identificada. Durante sus cinco primeros años de vida la familia vivió en Israel, hasta que la guerra del Golfo les obligó a hacer las maletas y volver a su Argentina natal. A los 22 años Effy empezó un tratamiento hormonal de estrógenos que culminó finalmente a los 25, cuando tomó su última decisión: quitarse la vida.

Effy escogió ser quien era para descubrir que no lo podía ser. En el mundo en el que habitamos, hombre y mujer son la base de todas las cosas. No es de extrañar pues, que en el campo de la identidad de género las opciones sean tan limitadas. Precisamente en esos lares se han librado las grandes batallas de las últimas décadas, en las que, desde principios de los noventa, el movimiento y la teoría queer han sido las grandes abanderadas.

La autora Judith Butler, cuyo libro El género en disputa fue recibido como el texto fundador del movimiento academicista queer, analiza cómo en nuestra sociedad necesitamos de una identidad de género clara para ser inteligibles. Las personas en abstracto, dice, sin género, son impensables o producen horror. Sólo se vuelven inteligibles cuando poseen un género, y legítimos cuando este es consecuencia de un sexo biológico y a la par mantiene relaciones sexoafectivas con el sexo-género opuesto. Así, la producción de nuestras identidades es controlada, en palabras de Butler, por el sistema de castigos y recompensas que promueve y legitima, o sanciona y excluye. Privilegiando, como no, las dos únicas identidades legítimas: el hombre y la mujer cis heterosexuales.

Effy pero, era mujer, trans y artista. En su condición de identidad no normativa tuvo que luchar para ser quien era. Consagró su vida al arte e hizo de su cuerpo el vehículo de su mensaje. Sus performance relatan la experiencia de la realidad trans y devuelven la voz a los cuerpos que la detentan. Aquellos que, acallados, invisibilizados y patologizados, se ven empujados a diluirse en una sociedad donde no existe otra posibilidad identitaria fuera del binarismo hombre-mujer cis. En pos de enfrentarse a la opresión que no le permitía ser, Effy desarrolló un arte queer que, la propia define como aquel que “problematiza el discurso hegemónico en un tiempo y espacio específico”. En el mundo que ella habitó, luchó para demostrar la principal premisa de Simone De Beauvoir; mujer (u hombre) se hace, no se nace

Proyecto visible

En abril de 2012 Effy seguía sin conseguir el cambio de nombre en sus documentos argentinos. Habían pasado dos años desde el inicio de su proceso de hormonación y durante ese lapso de tiempo varios amigos y familiares habían decidido marchar de su lado. Consciente del abandono escribió:

“Soy invisibilizada tanto por gente que quiero como por un país del cual me siento parte, pero al cumplirse dos años de iniciado este compromiso con mi cuerpo y mi identidad, no quise enfocarme en quienes no me ven sino en los otros, en aquellos amigos y familiares que se quedaron y procesaron lo mismo que yo tuve que procesar, y gente nueva que fui conociendo y me ve, realmente me ve.”

Effy quiso fotografiar a “todo aquel que dice verme” para visibilizarse a su través. Así, abrió la puerta de su piso durante tres días consecutivos y pidió a todos los que asistieron que se pusieran un vestido muy importante para ella, el mismo que, en la noche de fin de año, había dividido a su familia entre los que la aceptaban y los que no. Dentro del baño, a oscuras y con los ojos cerrados, los vestía como ella, los maquillaba, les ponía una peluca y les contaba la historia de aquella prenda, de aquella noche y de su desgarro. Cuando acababa les sacaba tres fotografías para cerrar el círculo y así finalmente hacerse visible a través otros.

La invisibilidad contra la que Effy luchó es el histórico precio a pagar por la asimilación e integración. Remítamonos a los hechos.

En el imaginario colectivo el concepto transexual se asocia a la metáfora del cuerpo equivocado: mujeres que se sienten atrapadas en un cuerpo masculino y hombres presos de una anatomía femenina. Esta concepción surge de la publicación en 1966 de *The Transsexual Phenomenon* de Harry Benjamin, primer manual sobre lo que entonces recibía el nombre de transexualismo y que estableció, durante largos años los criterios para realizar el diagnóstico. Hecha la ley hecha la trampa. Con el tiempo se descubrió que el manual de Benjamin se había convertido en la mejor estrategia de las pacientes, su pase de entrada. El manual rulaba de mano en mano, se aprendían los síntomas y los recitaban con el objetivo de abrirse paso hacia la hormonación o la cirugía. Claro que para ello tenían que mentir sobre su vida y su historia, proceso en el que la heterogénea narrativa trans quedó totalmente invisibilizada en pro de una única verdad: la de un mundo formado inequívocamente por hombres y mujeres (hayan nacido o no en el cuerpo indicado). En este filtrar se perdió gran parte del potencial subversivo de las identidades trans, una posible narrativa que trascalara las bases aceptadas sobre el género.

Desde sus orígenes occidentales la transexualidad fijó su meta en borrarse, desvanecerse entre la población a través del pase. Effy pero, en su continuo batallar, decidió no desaprovechar ni un día más la potencialidad desu identidad. En todas y cada una de sus performance alzó la voz para representar con autenticidad las complejidades y ambigüedades de la experiencia transexual, recuperando el sentido crítico inherente al fuera de la norma.

Nunca serás mujer

Una vez una persona le dijo: *aunque vos te sientas mujer, te crezcan las tetas, tomes hormonas, te operes los genitales, nunca serás mujer porque no menstruás ni sabés lo que eso significa*. Estas palabras provocaron en Effy el dolor que engendró la revolución, que contestó, como no, con sangre. En una sala del IUNA (Instituto Universitario Nacional de Arte) un médico le hizo una extracción frente a los compañeros de curso y sus profesores. Medio litro del espeso líquido corrió por la sonda: la cantidad que menstrua un útero cada año. Posteriormente repartió la sangre en 13 dosis representando las menstruaciones desde Abril de 2010 a Abril de 2011, e hizo con cada una de ellas una acción-performática relacionada con lo que vivió durante los meses de construcción de su identidad de género.

En Julio moja unos tampones en sangre y los cuelga en bancos, farolas y rejas. El mismo mes haría un año la habían contactado para entrevistarla en un periódico de tirada nacional. Al comentárselo a sus padres estos la disuadieron para que no lo hiciera, alegaron que ponía sus trabajos en riesgo. Effy les hizo caso pero les advirtió que aquella sería la última vez que soportaría ser un secreto. Con su sangre repartida en distintos lugares públicos reivindica el dolor que le provoca tener que esconderse. En marzo confió su virginidad al mismo hombre que la rechazó tras expresarle sus deseos de ser padre. Ante la imposibilidad de quedar embarazada Effy baña sus cabellos en su propia menstruación declarando que su mente es su aparato reproductor femenino: fértil y capaz de reproducir ideas para que formen parte de las siguientes generaciones.

“La real academia de los biólogos”, voz hegemónica en temas de género, considera que ser mujer se limita a la posesión de unas características fisiológicas y anatómicas determinadas de las que emana una suerte de esencia que es el género, claro que si de la menstruación dependiera, después de la menopausia ¿una que sería? La argumentación de esta visión se basa en una última intentona a la desesperada; la canonización del dolor menstrual como una esencia indisoluble de mujer. Como si todas las presiones, roles, actitudes, comportamientos y expectativas que definen y constriñen dependieran de ese dolor y no de las normas y la jerarquía que históricamente se han impuesto a unos y a otros. En ese sentido, en el momento en que es leída como tal, Effy es tan mujer como cualquier otra al verse sometida a unos mismos esquemas.

La farsa obligada

En la representación de la primera menstruación, coincidiendo con el inicio de su tratamiento hormonal, escribe:

“Acepto iniciar el tratamiento de reasignación hormonal para seguir avanzando en la construcción de mi identidad. Me cuesta mucho dar este paso, exponerme a los cambios físicos que el tratamiento implica. Muchos creen que las personas que accedemos al mismo lo hacemos por capricho o deseo, pero pocos comprenden que hay una necesidad de crecer, de buscarse, de reafirmarse, de ser verdaderas y que internamente atravesamos conflictos respecto a si la verdad se encuentra mediante el artificio, ¿cuál es el artificio? ¿Artificio es lo que tomamos o lo que somos? ¿Cuál es la mentira? Este es el primer mes en que mi cuerpo - hormonalmente - empezó a funcionar como el de una mujer, y lo hago de manera consciente, sin dejar de cuestionarme por qué lo hago, para quién lo hago, con qué fin. Yo era mujer antes de esto, ¿por qué entonces exteriorizar mi identidad?”

Si Effy ya se sentía mujer con su cuerpo biológico, ¿por qué esa necesidad de exteriorizarlo? ¿Por qué medicar tu cuerpo sano? ¿Por qué someterlo a una cirugía altamente invasiva? A estas preguntas responde Butler con su teoría de la performance de género. Para la autora el género no existe más allá de su representación, en el momento en que es actuado a través serie de mecanismos (roles, vestuario, gestualidad...) con el objetivo de imitar (más inconsciente que conscientemente) a un ideal; el de la feminidad o el de la masculinidad. En el caso de Effy, y debido al cuerpo donde se performa (anatómicamente masculino), este género es percibido como falso. Para Butler pero, ningún sujeto puede acceder de forma absoluta a ninguno de estos ideales (tampoco hombres o mujeres cis). Masculinidad y feminidad pueden ser –y de hecho son – distribuidos, encarnados, combinados y resignificados de formas contradictorias y complejas en cada sujeto. No hay encarnaciones o actuaciones de la feminidad o de la masculinidad que sean más auténticas ni más “verdaderas” que otras. Sí que hay pero, unas expresiones de estos ideales más naturalizados o legitimados que otros (los que son representados en cuerpos cis).

Por lo tanto, una performance de género femenino será considerada más verdadera si se encarna en un cuerpo de mujer biológica que no de hombre, pero en el fondo y en ambos casos se estaría reproduciendo una imitación de un ideal inalcanzable, en este caso el de mujer. Effy, tan mujer como cualquier otra, se ve irremediamente empujada al cambio físico por la vital circunstancia de no ser percibida como una farsante. Aunque la farsa, amigos míos, la representemos todos.



SER/ESCUPIR/EXISTIR

Escupo las palabras
para no caer,
las vomito
porque si quedan dentro
son mi sogá,
y suficientes cuerdas me agarran ya.

Escupo porque soy la pregunta
que acorrala a sus cabezas
y su esfuerzo en recolocar el interrogante entre mis piernas
es siempre remarcable, incansable, insufrible;
pero yo soy y seré la duda en persona,
porque simplemente existo.

Insaciable, inalcanzable, soy;
Y eso – dicen – no puede ser.
Incontrolable e inexplicable
me expongo,
y paseo por sus calles
y me como los helados de sus hijos
Y les miro de frente,
casi con el mismo asco que ellos a mí;
y encima voy en metro,
y meo en sus baños
y para colmo no pido perdón,
ni me agacho,
ni me escapo.

Y no salgo sólo de noche,
de día también se me oye,
trabajo justo al otro lado de su escritorio,
no huyo.

Yo, la duda en persona,
no les evito
y ellos, que recolocan el interrogante entre mis piernas,
se dan cuenta
de repente,
de que no existe una celda lo suficientemente aislada para encerrarme,
porque he decidido ser.

Pero es que encima
de repente y con susto,
se dan cuenta de que,
aunque quisieran,
ya no habría antifaz suficientemente opaco
como para esconderse de mí
porque, simplemente, he decidido existir.

Y cuando salgan del trabajo
y quieran algo de tranquilidad
o saquen al perro a pasear
o queden con sus amigos para una ronda
o estén viendo su programa favorito,
allí estaré yo,
sin agacharme,
sin esconderme,
innegable, incalculable
y mirándoles casi con el mismo asco
con el que antes se atrevían a mirarme ellos a mí
porque, simplemente, he decidido existir
y nada me hace correrme tan fuerte
como saber que soy racionalidad en números negativos
y bilis en sus gargantas.

Traza planes de fuga en cualquier superficie *rayable*, pues no empezó a escribir sus penas sino por la imperiosa necesidad de que lo liberaran. Entonces Izar confinaba una tormenta tropical que le azotaba con la fuerza de mil vientos huracanados, furia que fue racionalizada por los discursos de los que se pararon a remirar el mundo. La ideología y politización transfeminista canalizaron la lucha contra la opresión, y pese al espacio de comodidad que proporciona la cadencia de su diálogo y las vistas panorámicas que le ofrece el saber, su lucha está en la calle y en el salto al vacío sin red que es el vivir cuestionando al sistema

En un chorro de energía que, pese al arduo ejercicio de serenarse ante el público, suena inevitablemente mordaz. Su retórica te envuelve como el sinuoso correr de las cortinas de un teatro, y te violenta con la cruda verdad que destapa en escena. Si solo existe un modo de ocupar el espacio inhabitable que separa el punto M del punto H esto es a kilómetros de distancia del suelo, en el frágil equilibrio de una cuerda floja. Y en el vaivén de este malabarismo Izar decide ser y no callar.



Es el día de Sant Jordi y las arterias de la ciudad de Barcelona se han colapsado de transeúntes que se alegran de que el hombre del tiempo haya errado otra vez. Izar viene de Madrid para tocar esta noche en el concierto de una fiesta transfeminista no mixta, y pese a que debería estar ensayando, ha quedado para conversar. Para ello no hay lugar más idóneo que el bar de una esquina, que a su elección resulta ser uno de aquellos locales inmutables al paso del tiempo, con la capacidad de desorientar e desinhibir sentidos al transportarte a una época anterior, en la que al no haber nacido, te sientes exento de toda responsabilidad. Izar, pero, es inmune al conjuro. Permanece en el plano de lo real, sujeto por la pasión de una causa, preparado para soltar la marea de palabras acumuladas por los años.

- Personalmente no podría imaginarme ser una persona trans sin estar politizado, eso en primer lugar, aunque soy consciente que el 90% de personas que deciden transitar, al lado que sea, no lo están. Es una situación muy delicada porque para mi ser trans no es algo que deba llevarse escondido, que tampoco voy a ir por la calle gritándolo, pero lo concibo como una posición política y una declaración de intenciones.

Sentado en la mesa más arrinconada del local, justo delante del biombo de cristal turbio que separa la zona de cafetería y la de restaurante, Izar adelanta su robusto cuello para dar un sorbo al café. En un bar abarrotado, el chico joven con dilataciones en los lóbulos y los laterales de la cabeza rapados completa la imagen del variopinto grupo de clientes; señores inmersos en el coreografiado juego de manos que es el Marca y la caña, parejas absortas en el café de media mañana y nuevas señoras vestidas de domingo hablando de la vida de jubilada. Rodeado de personas cis Izar reivindica lo trans.

- Vivimos en una sociedad que concibe al ser humano como algo binario: eres hombre o mujer y no me vengas con historietas porque no existe nada más. Así que cuando vas a una entrevista de trabajo lo más probable es que no te vayan a contratar. De hecho muchos lemas de las manifestaciones del *Octubre trans* se basan en reivindicar eso: ¿dónde está la gente trans en el mundo laboral? Luego los documentales que se hacen sobre el tema, como el de TV3, solo te muestran la infantilización de lo trans. Claro, chavales y chavalas súper juvenzuelos que empiezan a hormonarse y tomar bloqueadores desde muy pronto. ¿Para llegar a dónde?, a tener un passing e ir por la calle o a un trabajo y

no tener que decir que se es trans. ¡Pero tú imagínate como hace sentir eso a la gente que queremos transitar de otra forma!

Son muchos los que buscan formas alternativas de transitar, pero parece que la única manera de que el mundo de hoy acepte lo trans, es si pasas completamente por una persona cis del género sentido.

- Es el sentimiento que te queda cuando empiezas a meterte en eso: solo serás aceptado si cumples con unos estereotipos de señor cis que se ha hecho a sí mismo.

De hecho hay una etiqueta muy de moda en Instagram, el *#selfmademan* – el hombre que se hace a sí mismo –, utilizada por chicos trans para subir fotos musculándose en el gimnasio. Reproducir el modelo masculino hegemónico queda muy lejos de la idea de Izar, quién, a su vez, tiene lo que él llama el *passing bananero*, que en román paladino viene a ser una apariencia pasable como hombre.

- Yo no tengo el passing 100%, pero cuando un día, por lo que sea, lo tengo, me pego un susto de muerte. Las re-relaciones que se establecen, las alianzas entre chicos cis cuando solo hay chicos cis y cuando tú estás siendo percibido como uno más, las conversaciones que se crean y la violencia que a veces se siente cuando hablan de las tías por ejemplo, de las bromas que hacen.



Obtener el passing en ciertos espacios puede convertirse en una situación algo delicada. Primero claro, está la sorpresa de encontrarte jugando con otras reglas, y luego el ejercicio de cómo no ser cómplice de ellas.

- Simplemente tú imagínate cómo cambian las cosas cuando voy a un bar y me leen como boyera. Si alguna tía quiere ligar conmigo se acercará a mi distinto de como lo haría si me leyerá con mi passing, ¡y no dejo de ser la misma persona! Estamos hablando de que tenemos unas construcciones en la cabeza de: yo me dirijo a un tío así, y a una tía así. Y si se enteran que eres trans también. Entonces está todo el debate de cómo te enfrentas a tener el passing y que te traten distinto, de cómo navegas en un mundo de privilegios en el que no has sido educado o educada, socializado o socializada.

De repente, cuando consigue el passing, Izar se encuentra ostentando unos privilegios contra los que siempre ha peleado, propios de un chico cis blanco en España.

- Es la contradicción del passing. Personalmente lo vivo bien porque es una forma de no dejar de cuestionarme continuamente el proceso de transitar, y hacia donde estoy transitando, y porque quiero transitar hacia ahí. Tampoco me paso todo el día ¿eh? No es fácil, pero no cambiaría la experiencia del tránsito por nada porque ha hecho, primero, que me quiera más a mí mismo, luego que me acepte, y luego que desarrolle un sentido crítico sobre mi persona y sobre la sociedad que de otro modo no tendría.

Antes de tomar la decisión de nombrarse como trans Izar ya vivía en un espacio de ambigüedad sexual, en el que ni cuerpo ni nombre denotaban excesivamente género. Y aunque jamás ha sentido disforia y siempre ha estado a gusto en su particular limbo, en una sociedad en la que únicamente existen dos opciones, situarse en el espacio inhabitable que separa a hombre de mujer es ser el blanco de las miradas del otro.

- Lo que es delicado de ser una persona trans no binaria es que la sociedad ahora mismo no está preparada para esto. No está preparada para que yo entre en el metro y la gente no se me quede mirando, para que yo vaya a un trabajo y no haya ningún problema a la hora que me hagan la entrevista y vean que en mi DNI pone sexo femenino. No está preparada la familia tampoco, los amigos si, por suerte, como los escoges... si no están de acuerdo, pues ¡chao!

Si Izar gozara de estabilidad económica, en un punto en que no tuviese que preocuparse por cómo ganarse la vida, podría vivir de forma no binaria. Pero su situación es más bien la inversa, la de un chico joven que debe sobrevivir en el mundo laboral para poder seguir independizado.

- Por mi situación, ahora mismo para mi es totalmente legítimo decir que decido transitar hacia una posición más binaria por una circunstancia social, además de una circunstancia interna de que yo me siento a gusto transitando.

Ir hacia una posición más binaria equivale a hormonación. Cuando Izar se resolvió en su decisión y se dirigió a su médico de cabecera para comentarle el tema, esta no sabía ni de la existencia de la Unidad de Identidad de Género. “¿Uti-qué?”, le preguntó, cosa que Izar quiso tomarse con humor. Desde entonces su experiencia en la UIG ha sido una carrera de obstáculos. El más surrealista de todos, el episodio con el doctor bata blanca, que, perplejo ante la noticia de que Izar no se estuviera hormonado externamente, se metió en google para buscar posibles anomalías. Aunque en la búsqueda de google, ya se sabe, uno nunca imagina lo que puede aparecer. En esa ocasión fue una recopilación de fotografías de Frida Kahlo.

- Ah! Que te gusta Frida Kahlo? ¡A mí también! – rió Izar maravillado ante el surrealismo de la situación–.
- Bueno, bueno, no sé – masculló el médico – pero no tienes lo mismo que Frida, mira las cejas, no son igual.

El desconocimiento y la falta de formación del equipo médico en relación a la realidad de personas que deciden huir del binarismo se suman, si es que queda espacio, al saco de críticas sobre modelo de tránsito actual.

- La UIG debería existir pero de otra forma completamente distinta. Lo que se tiene que aguantar ahí es una vergüenza, y yo me lo tomo a risa porque soy así, pero que vaya un chaval o una chavala de 16 o 17 añitos que tenga dudas... pues es muy duro, es muy duro recibir el discurso médico de una psiquiatrización de tu persona. Es desolador. Primero se permiten decir sobre tu cuerpo, después te hacen un diagnóstico (si no te hacen el diagnostico no se quedan tranquilos), tercero, son personas que no tienen ninguna conexión con la gente trans, y cuarto, la verdad es que suelen ser señores cis de 50 años.
- **¿Y qué pedirías si tuvieras la potestad de influir en el modo en que el mundo trata a lo trans?**
- ¿Socialmente? Creo que pediría que se avance hacia una educación en el tema lo suficientemente potente como para que se desmonte de una vez la idea binaria de género. Lo más importante es la educación, porque eso hará que el tránsito deje de ser concebido como una situación dolorosa o delicada para pasar a ser algo fluido que cualquier persona tiene derecho a hacer. Eso es lo súper utópico. Como no súper utópico pido medidas funcionales, pido más sitios como Tránsit en otros sitios que no sean sólo Barcelona y Madrid,



pido más información y educación en todos los aspectos, tanto médicos, como en las escuelas, como en los institutos, como en la calle. Y recursos y educación laboral. Que contraten a una persona de recursos humanos educada en este tema, que mi doctora de cabecera sepa qué es la UIG. Esas cosas que permitan a la gente que no tiene un género binario cis normativo estar tranquila. Se están haciendo muchas cosas para llegar ahí. Yo siempre tengo un discurso súper optimista porque creo que cuando las cosas se pelean se consiguen, y tengo que decir que cada día las cosas se pelean más.



Género.

1. m. Históricamente el género ha sido concebido como una prolongación natural del sexo, la expresión social particular de machos y hembras. Así se afirma la existencia de una esencia real, auténtica que es inmutable y constitutiva de ser hombre y mujer. Esta relación de continuidad provoca que, las identidades que no muestren una concordancia entre estas dos variables sean consideradas anormalidades, desviaciones que deben ser controladas y reparadas. || Otros puntos de vista conciben al género como una construcción social. Desde esta perspectiva el género es una serie de roles, expectativas, expresiones que son asignadas a hombres y mujeres. Paradigma de esta corriente es el *no se nace mujer, llega una a serlo*, de Simone de Beauvoir que argumenta que las características humanas consideradas femeninas son adquiridas por las mujeres en vez de ser intrínsecas a ellas al emanar naturalmente de su biología. Así ser mujer, o mejor dicho devenir mujer, depende no del determinismo fisiológico y anatómico de nacer con un sexo femenino, sino de la significación de este a través de una serie de procesos sociales y culturales. Esta perspectiva sienta las bases para la construcción de una serie de teorías sobre la desigualdad de género que dan cuenta de las estructuras y de los procesos que la constituyen, alejándose de las explicaciones naturalizadoras del discurso patriarcal que explica y justifica la diferencia entre las categorías “hombre” y “mujer” en su naturaleza.

Identidad de género.

1. f. Género con el que se identifica una persona, independientemente del sexo biológico con el que haya nacido.

Expresión de género.

1. f. Se entiende por expresión de género la forma en la que expresamos nuestro género: a través de la vestimenta, el comportamiento, los intereses y las afinidades. Depende de la contingencia social esta se puede leer como femenina, masculina, o andrógina.

Orientación sexual.

1. f. Se refiere a un patrón de atracción sexual, erótica, amorosa hacia un determinado grupo de personas definidas, mayoritariamente, por su sexo. Si bien a día de hoy el concepto es considerado como independiente de otras expresiones identitarias de la persona, históricamente siempre se ha

relacionado con la identidad de género. Vemos por ejemplo que cuando se estableció la categoría de homosexual, en el siglo XVIII, se describía en términos de inversión de género. Esto decir, que los hombres homosexuales presentaban rasgos de comportamiento femenino y que una mujer que deseara a otra lo hacía necesariamente desde una posición masculina. Desde esta perspectiva se reforzaba la heterosexualidad al mantener una complementariedad masculina y femenina incluso en parejas homosexuales.

Trans.

1. f./m. Término paraguas que se refiere a transexuales, transgéneros i cross dresser.

Transexual.

1. f./m. A mediados del siglo pasado el sexólogo Harry Benjamin popularizó el término transexual para referirse a las personas que se sienten identificadas con un género distinto al atribuido al nacer en función de su sexo. Vemos pues, que esta visión se basa en la presupuesta relación de continuidad que se establece entre el sexo de la persona y el género con el que se identifica. La visión de Benjamin crea escuela, introduce la popular metáfora “nacer en el cuerpo equivocado”, circunscribe la transexualidad a un proceso de hormonación e intervención quirúrgica de reasignación sexual y patologiza la identidad con la introducción, en 1980, de su diagnóstico en el DSM, manual clasificatorio de los trastornos mentales más influyente a nivel mundial. || La definición psiquiátrica de la transexualidad ha sido asumida por el Estado hasta el punto que para poder cambiar el nombre o la mención de sexo en el Registro Civil, es necesario presentar el “diagnóstico de disforia de género” y haber recibido un mínimo de dos años de tratamiento hormonal. Es precisamente a través de estas condiciones que, aun a día de hoy, el Estado refuerza la diferencia de género. || En la visión hegemónica de la transexualidad, dominada por el discurso médico, se pierden las potencialidades de estas identidades, como las de reivindicar la diversidad humana y cuestionar las normas que rigen el sistema sexo/género. Tal y como apunta el antropólogo Jordi Grau, lo trans supone una buena oportunidad para problematizar y cuestionar las normas de género que nos constituyen, así como para reivindicar todos esos deseos y experiencias que no se someten a una lógica dual y excluyente.

Disforia de género.

1. f. En los años 70 el médico Robert Fisk acuña el término disforia de género para hacer referencia al malestar o ansiedad producidos por tener un cuerpo que no se ajusta a la identidad de género a él asociada. La disforia de género es considerada un síntoma del ya descatalogado trastorno de identidad de género, presuponiendo que toda persona transexual sufre y padece por su condición o su cuerpo.

Transgénero.

1. m. Término polifacético a la hora de nombrar realidades donde los haya. Se trata de un concep-to autorreferencial utilizado por aquellas perso-nas que deliberadamente deciden vivir como el o-tro género sin someterse a ninguna intervención quirúrgica o incluso hormonal. A diferencia del transexual, el transgénero no se cuestiona su iden-tidad sino el sistema de sexos y géneros que de for-ma coercitiva y jerarquizada construye las iden-tidades dicotómicas hombre y mujer – de este mo-do el transgénero no comparte la angustia de ha-ber nacido en un cuerpo equivocado. Desde el transgenerismo se resiste a adoptar uno de los dos roles para rechazar la reivindicación de la nor-malidad a través de expresiones de género alter-nativas y plurales. Bajo este concepto se reúnen pues, aquellas personas que cuestionan la con-tinuidad impuesta entre sexo biológico y género cultural y la estricta segmentación de lo mascu-lino y lo femenino (transexuales, genderqueer, cross-dressers, drag queens, drag kings...).

Cross-dresser.

1. f./m. Con el *boom* de internet sale a la luz un colectivo de personas que empiezan a pensarse como “cross-dressers”. El término se refiere a a-quellas personas que combinan de forma alter-nada – y normalmente secreta – la expresión de género (ropa, maquillaje, etc.) considerada apro-piada con la del género opuesto. Se trata pues, del concepto travesti renombrado con la intención de distanciarse de la herencia del espectáculo o la prostitución de su anterior nombre.

Queer.

1. f./m. Históricamente queer era un término pey-orativo – se traduce literalmente del inglés como extraño, desviado, raro, invertido – y era común-mente usado para referirse a “anormales”, sobre todo a aquellos caracterizados por su sexualidad. Según la profesora Angela Sierra González, el tér-mino en su oposición da cuenta de una sexuali-dad normal que se enfrenta a otras consideradas “anormales”, sugiriendo que las últimas son ina-decuada o perjudiciales. Queer es una palabra que en el uso de la lengua inglesa puede referirse tanto a sujetos masculinos como a sujetos feme-ninos, y por extensión a todas y cada una de las expresiones de género que pudiéramos imaginar.

En este sentido, queer es más que la suma de gays y les-bianas, incluye a éstos y a muchas otras figuras iden-titarias construidas en este espacio marginal (tran-sexuales, transgénero, bisexuales, etc) a la vez que se abre a la inclusión de todas aquéllas que puedan pro-liferar en su seno. || A finales de los 80 y durante la década de los noventa el término vive un proceso de resignificación cuando, el sujeto marcado, sabedor de la carga despectiva del término decide apoderarse del concepto y revertirlo en su significado. Hace de la injuria bandera. Queer deja de ser un insulto para ser una identidad y una forma de aproxi-mación al mundo fuera del sistema de la sexualidad dom-inante amparada en categorías binarias, mutuamente ex-cluyentes, tales como mujer/hombre, heterosexual/homo-sexual, entre otros.

Genderqueer.

1. f./m. Término paraguas que se refiere a todas aquellas personas cuyo género no se incluye dentro del sistema bi-nario hombre mujer y/o que demuestran su no conformi-dad de género expresado a través de comportamientos, roles sociales o identidades.

GenderFuck.

1. f./m. Término usado para describir el acto de jugar con el género para deliberadamente confundir, mezclar y traspasar los límites tradicionales del sistema binario de géneros a través de la combinación de sus expresiones y roles estereotipados.

Intersexual.

1. f./m. La idea de que la especie humana se divide en dos y solamente en dos es cuestionada por los cuerpos inter-sexuales. *No existe una tercera posibilidad.* Esta afirmación es desmentida por el intersexual, personas que presenta de forma simultánea y en grados variables características sexuales masculinas y femeninas. || Los cuerpos intersex-uales son “rectificados” nada más nacer. En primer lugar el equipo médico de turno se encarga de asignarles un género para luego proceder a una serie de intervenciones quirúr-gicas y tratamientos hormonales con el fin de adaptar el cu-erpo al género seleccionado. Esta intervención médica en los cuerpos intersexuales no se explica por una necesidad funcional, sino por una voluntad de evitar sufrimiento y daño emocional a un cuerpo “que no existe” en nuestra rea-lidad. En este sentido el cuerpo intersexual, por el mero hecho de no ser clasificado como macho o hembra, es in-tervenido para ser eliminado y expulsado al terreno de lo monstruoso.

Cis.

1. f./m. Se refiere a la coincidencia o alineación de la identi-dad de género con el sexo asignado. Así, si las personas que tienen una identidad de género distinta a su sexo son de-nominadas trans, las personas que si coinciden reciben el nombre de cissexuales o cisgénero. El término cis propone un nuevo régimen semántico bajo el que es posible la equi-paración de las experiencias de hombres y mujeres cisex-uales a la de los hombres y mujeres trans. Ambas pasan a ser experiencias marcadas, desprovistas de la jerarquía im-plicita del adjetivo normal, usado, hasta el momento, para nombrar a las personas cis.

Heteronormatividad.

1. m. Régimen social político y económico que presenta a la heterosexualidad como natural y necesaria para el funcio-namiento de la sociedad y como el único modelo válido de la relación sexoafectiva y de parentesco. En este régimen, la heterosexualidad no es solo una práctica sexual sino un sistema social. Este mantiene su hegemonía a través de un doble mecanismo; la legitimación y privilegio por parte de las instituciones de la heterosexualidad, y la invisibili-zación, exclusión e incluso persecución de las divergencias de este orden. Un ejemplo claro es la institución del matri-monio, la cual ha excluido hasta la más reciente historia a las parejas homosexuales.

Homofóbia.

1. f. El sociólogo Gerard Coll-Planas define la homofobia como la opresión que se activa en contra de los que se si-enten atraídos por personas del mismo sexo. El mismo con-sidera pero, que el odio está más ligado a la rotura de las normas de género que no a la elección del objeto de deseo. Gays y lesbianas rompen con la complementariedad hete-rosexual que define a hombres y mujeres, según la cual el-las, deben sentirse atraídas por ellos y ellos, por ellas. Esta relación que une género y orientación sexual se manifiesta en la injuria por antonomasia de gays y lesbianas: maricas y camioneras. Es evidente que el insulto no retrata su ori-entación sexual, sino su identidad de género, poniendo en entredicho la masculinidad y feminidad respectivas.

Transfóbia.

1. f. Es una forma de penalizar a las personas con expresiones no normativas de la identidad de género, específicamente la no correspondencia entre sexo y género. Coll-Planas considera que en la raíz de la transfóbia y la homofóbia se encuen-tra el sexismo, que juega la función de policía de la sexualidad, reprimiendo cualquier comporta-miento, gesto o deseo que desborde las fronteras de los géneros.

Transfeminismo.

1. m. Ideología y movimiento social y teórico que va más allá de la defensa de la igualdad de género. Desde una óptica transfeminista el género es con-cebido como una herramienta de opresión de un sistema de poder que afecta a todos los individuos en vez de únicamente las mujeres. La perspecti-va transfeminista se aleja de la visión restringi-da que considera a la mujer como una categoría universal y homogénea dando cuenta de la plura-lidad de intersecciones y opresiones que confor-man al individuo: la raza, la clase, la nacionali-dad, la orientación sexual, etc. La necesidad de tener en cuenta estas intersecciones se hace pat-ente en las palabras de la escritora feminista Au-drie Lorde; *si la teoría feminista estadounidense no necesita explicar las diferencias que hay entre nosotras, las resultantes diferencias en nuestra o presión, entonces ¿cómo explicáis el hecho de que las mujeres que os limpian la casa y cuidan a vues-tros hijos mientras vosotras asistís a congresos so-bre teoría feminista sean, en su mayoría, mujeres pobres y de color?* || Dentro del contexto español, el término transfeminismo es pronunciado por pri-mera vez en el año 2000, en el marco de las Jorna-das Feministas Estatales. Nuevo años más tarde, el mismo espacio es testigo de su punto de inflexión, cuando colectivos activistas feministas llegados de distintos puntos de la geografía ibérica redac-taron el *Manifiesto para la insurrección Transfem-inista*. Al grito insolente y provocador de *aquí está la resistencia trans* declararon que *el sujeto mujer se les había quedado pequeño* y que les parecía *ex-cluyente en sí mismo*, al dejar fuera muchas cosas que hablaban de ellas, de sus vidas, de sus deseos y prácticas, comunidades y subculturas.

Directora:

Lledó Alfageme.

Director de arte y diseño:

Xavi Miranda.

Agradecimientos:

Aleix Samaranch, Leo Müller, Lluc A. Müller, Lizar,
Paula Garcia, Sofia Dior, Erine, Cati Pons, Carlos Moya.

A todos los que me hacen ver distinto.

